

ESTANISLAO S. ZEBALLOS

RELMU

REINA DE LOS PINARES

Ilustraciones de Malharro

Segunda Edición

BUENOS AIRES

Casa Editora de Jacobo Peuser

SAN MARTIN ESQUINA CANGALLO

1893

VA

FOTOGRAFADOS DE JACOBO PEUSER

Al Señor

Don Pedro Agote



I

AGUÁBAMOS á través de las oscuras enramadas y de las abras del monte, estremeciéndonos á cada instante al escuchar los ruidos misteriosos de la noche del Desierto.

Los troncos, las ramas y enredaderas que interrumpían el camino, nos obligaban á describir largos rodeos, y cuando volvíamos á la ruta, estaba de nuevo interrumpida por los barreros blandos y pegajosos, que era necesario orillar. Otras veces, retrocedíamos ante un obstáculo inesperado, y errábamos algún tiempo tentando la salida hacia adelante.

Los desvíos eran un peligro que nos ale-



jaban del rumbo salvador del *Chadi Leuvú*, seguido desde la isleta de los chañares al romper la marcha.

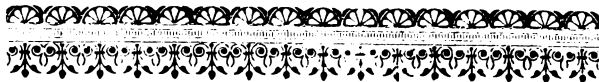
Huíamos de esta suerte, silenciosos, ateri-
dos, en el seno de la noche helada, y su-
friendo en todo el cuerpo el quebrantamiento
que producen la zozobra y el cansancio;

pero cuando mi cabeza caía abatida sobre el pecho, sentía al oído, como un supremo murmullo de aliento y de esperanza, las palabras que, con sigilosa voz, había pronunciado el Coronel Baigorria en la noche memorable de *Calcú Mamúel*. ⁽¹⁾

— . . . Y una vez en fuga al Poniente, no te detengan ni las espinas, ni las arenas, ni los tigres, ni la sed, ni el hambre . . . Trote y trote, hijito! . . . Siempre al trote largo!

(1) *Calcú*, las Brujas: *Mamúel*, monte de





II

EL cielo estaba toldado, pero claro y sereno, sin los grandes movimientos de vapores que anuncian las tempestades furiosas. El aire acuoso se escarchaba en los bigotes, y las orejas, la nariz, los dedos de las manos y de los pies habían perdido toda sensibilidad, pasmados de frío.

Á veces me detenían ó enredaban los caballos de tiro, cuando saltaban espinas, rodeaban algún tronco ó se cruzaban por la grupa del mío.

En medio de estas angustias aguardaba ansioso los reflejos precursores de la luz, que señala los caminos de la salvación al náufrago del Desierto, que calienta los orga-

nismos yertos, apaga los rumores siniestros del bosque pampeano, aleja al tigre á su guarida y disipa el pavor supersticioso, que hace estallar á cada instante el corazón del cristiano fugitivo.

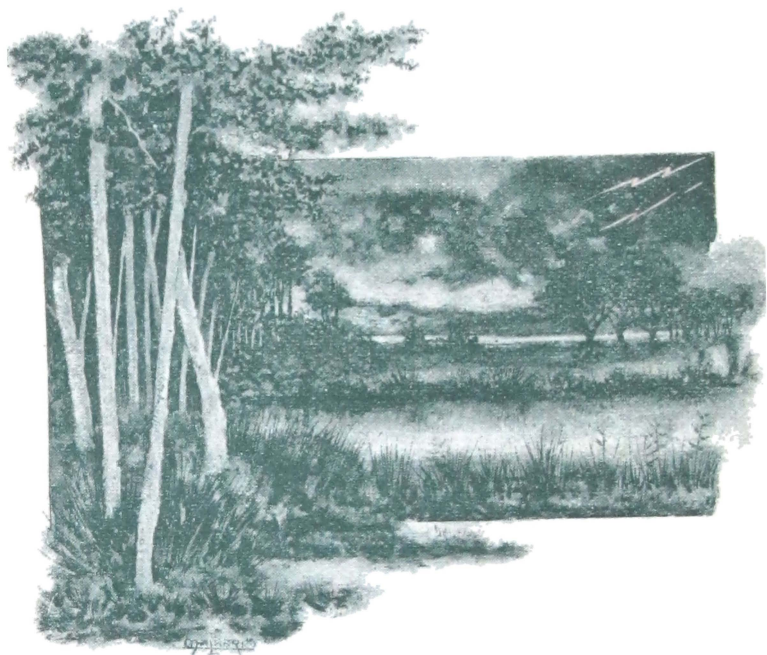
La humedad del aire aumentaba gradualmente, y la niebla, transformada luego en llovizna penetrante, se resolvió al fin en torrencial aguacero.

Salimos á un llano extenso, en cuyo centro brillaba una laguna dulce, rodeada de finas gramíneas, que lavadas por la lluvia, se presentaban con todas las galas del prado.

La claridad del día nos amparó allí. El cielo de tormenta despejado ya de tantos vapores, se conservaba no obstante espeso y sombrío, con las nubes altas y tendidas. La niebla copiosa y fría sucedió al chaparrón. Estaba declarado el temporal del sudoeste, que parece nacido de las cumbres nevadas de los Andes para derramar sus vientos fríos sobre las pampas orientales.

La luz no vino á fortificar mi alma, sino á aumentar su zozobra, porque nos hacía comprender la inseguridad de la marcha, después de tantos rodeos, á través de la selva ranquelina.

Solamente la aparición de los astros conocidos, podría señalarnos el camino de la Vida. La selva, en pleno temporal, era para nosotros el abismo!





III

PANCHITA no había pronunciado una palabra durante todas las vicisitudes de la noche.

Su cuerpo, protegido por el *chamal* ⁽¹⁾ de bayeta colorada y por un *quillango* ⁽²⁾ de guanaco, que envolvía sus pies, conservaba el calor; y al recibir el aire de la mañana, al borde de la laguna verde del abra, su organismo reaccionó, su espíritu parecía rehecho y con fuerzas para montar á caballo y arrostrar los peligros de la huida.

Á caballo y al trote! Ah! Pero al trote, ¿hacia dónde? Trote y trote al Poniente,

(1) Bayeta cuadrada con que se cubren todo el cuerpo las indias.

(2) Manta de varias pieles unidas.

había dicho el Coronel Baigorria. ¿Dónde era el Poniente?

Observé la dirección seguida durante la noche y dándole la espalda, nos internamos de nuevo en la opuesta ceja del monte.







IV

LA marcha no era fácil. Los caballos estaban fatigados, y el suelo, mìnado por enjambres de misteriosos *tucutucus* ⁽¹⁾ y penetrado por la lluvia, se hundía á su paso. El agua invadía las hondas galerías subterráneas, y marchábamos en pleno y pegajoso aguazal.

Esta forma de los terrenos que se presenta en las mayores extensiones del Desierto durante el invierno, es el *Guadal*, temido por los indios mismos. ⁽²⁾

(1) *Tunduques*, dicen los indios de la Cordillera. *Oculto* lo llaman los gauchos. Véase á su respecto *La Descrip. Am. de la Rep. Arg.*, por el Autor, tomo I, pág. 29 y siguientes.

(2) En la misma obra discuto la etimología de la voz *Guadal* (pág. 290): «Tierra fofa, blanda, desagregada».

No era posible apurar el trote y á menudo apenas salíamos al tranco de los barreros, porque la fatiga de los caballos crecía visiblemente en esta lucha.

Nos detuvimos en la espesura de una isleta de caldenes enhiestos y escuchamos. Silencio profundo! Ni un leve rumor lejano. Miramos alrededor nuestro y la selva parecía virgen, sin un árbol herido por el brazo del montaraz. El suelo cubierto de la espesa capa de las hojas caídas en Otoño, no revelaba las huellas del hombre ni de las fieras...

Esa inmensa y tranquila soledad, parecía acariciar el corazón de los cautivos desamparados!

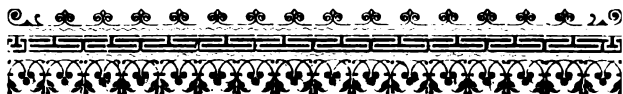
Nos apeamos para dar un resuello, saqué los frenos y aflojé las cinchas; y aquellos plácidos momentos fueron dulcemente reparadores.

Al marchar de nuevo estaba aturdido, sin atinar á elegir un rumbo. El refugio en la isleta me había separado de la dirección general. Para volver con seguridad á ella, era necesario buscar los rastros y estos se perdían entre la masa elástica de las hojas caídas. Pude hallarlos al fin y

adopté para lo sucesivo esta precaución: al hacer alto, trazaba en el suelo con el puñal una larga flecha, cuya punta señalaba la dirección de la fuga!

Tanto afán podía ser inútil, sin embargo! La flecha ¿marcaría el rumbo propicio, ó nos conduciría de nuevo á *Leuvucó*?...





V

SEGUIMOS al trote sostenido no sé cuántas horas; pero nos parecieron muchas y muy largas. El día era el mismo de la mañana desconsoladoramente gris. La lluvia fina, penetrante, helada, no se había interrumpido.

Los caballos respiraban jadeantes; pero eran caballos de indio y no temía que su vigor se agotara pronto.

Debíamos estar muy lejos de *Leuwucó*, acaso á quince leguas, si la dirección llevada era buena, y la soledad y el silencio del monte, indicaban que por este lado no lo habitaban los *ranqueles*.

No podíamos materialmente continuar la marcha de frío, de fatiga y de debilidad; y amparados por la enramada, desensillé los



caballos y los puse á comer, asegurados con los lazos en el mismo tronco á cuyo pie nos albergábamos.

Nuestro equipaje se reducía á dos reca-dos, una alforja con carne de yegua para cuatro días y por armas dos puñales; pero el arma decisiva eran los caballos y llevá-bamos de reserva, además de los montados, el *parejero* oscuro estrella blanca en la frente, que Painé enfrenaba en los grandes días de pelea.

Comimos sin repugnancia el charquí orea-do, y el sueño empezó á dominarnos; pero de día, en plena tarde, era necesario velar y marchar de nuevo. La naturaleza inexora-ble nos rindió, sin embargo, y quedamos inopinadamente dormidos bajo la bóveda rumorosa del algarrobo.





VI

No sé cuantas horas duró el sueño, pero pocas veces en mi vida he dormido tanto, con más tranquilidad, ni con fruición más pura.

Ni un rumor, ni un peligro, ni el estirón del lazo de los caballos, que yo oprimía con el cuerpo, ni un ensueño, ni un estremecimiento del corazón, nos había incomodado en aquel reposo supremo, después de infinitos dolores.

El aire crudo del nuevo día, me despertó y me alcé de súbito, asustado de haber dormido!

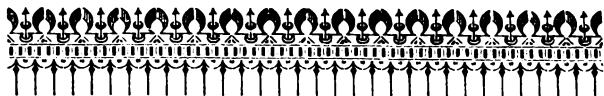
Dominaron vertiginosamente mis ojos el paisaje y era solemne y bienhechor. Los

caballos, centinelas vigilantes del desierto, estaban de pie, tranquilos, hartos de comer y en perezosa digestión, con ese aspecto de la bestia enferma ó de matalote arruinado, que caracteriza al terrible corcel del salvaje, en los momentos de inacción.

El paisaje era sereno, espléndido su colorido brillantado por la lluvia, y los rayos de un sol pleno y alto en su camino, escuiriéndose á través del follaje, se reflejaban en el suelo formando dibujos caprichosos y movedizos.

El cielo tenía los colores suaves de la amada bandera de la Patria. El canto de las aves se unía al zumbido de los insectos en todas direcciones, silbaban las perdices, gritaba nerviosamente el *teru-teru*, y de las honduras del bosque salían rumores de alas abiertas á las caricias del sol, después de las lluvias y de los fríos.

Fué un día adorable, día de suaves augurios y de alentadoras esperanzas para nuestros corazones!



VII

LA única nube que no se disipaba, era la que oscurecía la dirección del camino. El sol marcaba los puntos cardinales, ¿pero quién nos diría donde estábamos?

¿No conociendo la base de partida, á donde dirigiríamos la fuga? Una realidad terrible palpitaba, sin embargo. La peregrinación nocturna á través de los obstáculos de la selva, me había alejado del *Chadi Leuvú*, del camino salvador del Poniente.

La selva ranquelina forma una faja que corre de Norte á Sur y su extensión de Este á Oeste es relativamente angosta. Caminan-

do de *Leuvucó* al Oeste, la selva termina á una jornada y con ella la fertilidad del



suelo. Aparece en su lugar el terreno inter-
mediario, cubierto de arenas y guijarros,
minado por los *tucu-tucus* y sombreado por

el matorral amarilloso, raquíptico y erizado de espinas, un *guadal* inmensurable, que los indios y cristianos llaman con miedo: *La Travesía del Chadí Leuvú*.

Después de la larga marcha, debíamos estar en ella y no obstante nos rodeaba la selva exuberante, sobre un suelo feraz y cerca de lagunas de agua dulce y cristalina, habitadas por aves pintadas y parleras.

Consulté la flecha trazada en el suelo, recorrí por espacio de un cuarto de legua el rastro de mi marcha y me convencí de este hecho desolador: avanzábamos al Norte remontando la selva ranquelina.

En ella estaban el agua, la comida, los pastos, San Luis al fin de muchas jornadas.

Pero en ella bramaban también los tigres hambrientos, y en todas direcciones se alzaban las tolderías de los indios ranquelinos hasta las cercanías mismas de la frontera.

En la selva nos sonreía la Vida, y en la selva nos amenazaba la Muerte! . . .



VIII

MIENTRAS la perplegidad y el miedo paralizaban mi acción, el acento misterioso del Coronel Baigorria vibró en mi oído, como una reminiscencia alentadora:

-- Trote y trote, hijito! Siempre al trote largo!...

Y emprendimos de nuevo la vía-crucis rumbo al Norte, inclinándonos al Oeste, para huir de los caminos trillados por los indios, viajeros incesantes entre los todos y el Río Quinto.

A medio día hicimos alto para dar resuello á los caballos á la orilla de otra lagunita, de cuyas dulces aguas bebimos y

guardamos en los chifles, ⁽¹⁾ temerosos de que nos faltara un manantial más tarde.

El día se pasaba plácidamente, sin alarmas y sin indicios de peligros; pero poco después, al rodear un barrero, dimos con un camino de los salvajes, ancha y honda *rastrillada* ⁽²⁾ cuyas huellas medían sobre treinta varas de amplitud.

Al examinarla se nos heló la sangre en el corazón. Había entre varios indicios recientes, rayas prolongadas hechas con el regatón de las lanzas, llevadas á la rastra por los indios en sus marchas. Ellos habían pasado por la mañana hacia el Norte!

Era claro: nos seguían! Llenos de pavor nos hundimos en la enramada del Noroeste, como la fiera herida y acosada, que se siente sin fuerzas para afrontar la lucha.

(1) Cuernos preparados para llevar bebidas.

(2) Las huellas de caballerías que forman camino en el Desierto.



IX

FUÉ menester regularizar el aire de la fuga para conservar los caballos y evitar la fatiga irresistible de una larga y zangoloteadora jornada al trote largo. En consecuencia, galopábamos tres ó cuatro leguas estimadas y sacábamos los frenos para dar resuello de un cuarto de hora.

Entrada ya la tarde, cruzamos otro camino, tan ancho como el primero y la zozobra se renovó implacablemente. Habíamos acentuado la dirección al Noroeste y el camino se desenvolvió de nuevo á nuestro paso.

Era la misma rastrillada, porque allí estaban más recientes todavía los rastros de lanzas y de caballos que nos alarmaron por

la mañana. Al reconocer por primera vez las huellas, distinguí claramente las pisadas de cuatro mulas por lo menos, y estos indicios característicos se presentaban otra vez á mis ojos.

No eran pisadas de caballos *serranos* ⁽¹⁾ estaba seguro de que eran de mulas, y me preguntaba ¿qué indios serán estos que las ensillan en sus correrías, contrariando sus hábitos militares?

Por otra parte, entre los ranqueles las mulas eran muy raras y apenas las tenían algunos indios comerciantes para cargueros, sin emplearlas jamás como elemento de aventuras y peleas. No obstante, estas mulas iban montadas por guerreros, pues con sus rastros coincidían las rayas de las lanzas.

(1) El caballo de sierra tiene los vasos de una conformación más cerrada y dura que los de llano.





X

EL monte comenzaba á aparecer más ralo y el terreno á languidecer visiblemente, lo cual demostraba la aproximación á las travesías temidas del Oeste.

Continuamós al galope y cuando el sol estaba á punto de ponerse, nos detuvimos al lado de una lagunita de agua cristalina, cubierta de berros flotantes y rodeada de una playa de barro rojo y arenoso.

Al apearme noté que Panchita se ponía amarilla y su aspecto cadavérico me consternó.

—¿Qué tienes? la dije con voz entrecortada y temblorosa.

— Mirá!... contestó, señalando con el dedo á la playa.

Estaba cubierta de rastros recientes de tigres, algunos de ellos humedecidos con el agua que se había escurrido de las garras al salir de la laguna.

Observé la dirección que llevaban las fieras y todas iban á una isleta de algarrobos, distante quinientos metros de nosotros. Entonces nos alejamos al galope de este sitio, aprovechando el último amparo del día, para buscar un abrigo donde pasar la noche.

Acampamos á una legua de la lagunita, al pie de un viejo algarrobo, que se alzaba en el centro de una abra y cuyo tronco, robusto y enhiesto, se bifurcaba á las cuatro varas del suelo.

La jornada me pareció de veinte leguas, y los caballos tenían poco que comer. Nosotros, nada! El charquí de yegua se había caído en el camino, á causa de una rajadura hecha á las alforjas por las ramas, y Panchita, que las llevaba en su recado, no se había apercibido de esta irreparable desgracia.



XI

ERA necesario que ella subiera al árbol y se reclinara entre las gruesas ramas en que se dividía el leño secular; y para conseguirlo hice una especie de escalera de las riendas y cabestros ayudándola á subir, parado sobre el montón de los recados.

Yo debía velar al pie, al cuidado de los caballos, porque el menor rumor siniestro podía hacerlos huir y condenarnos á una muerte segura y horrorosa.

Una helada noche de Julio se había desplomado sobre nosotros, silenciosa, oscura, solemne, abrumadora.

Los astros desaparecieron gradualmente

de la vista, velados por la neblina que envolvía el campo, no permitiendo percibir los objetos á cinco varas de distancia.

Si hubiera creído en la mitología de los bárbaros, habría considerado segura nuestra perdición, atribuyendo esta neblina á los puñados de ceniza arrojados al aire por las brujas (*calcú*) de *Leuvucó* al maldecirnos. ⁽¹⁾

La inmensa y fúnebre soledad del Desierto ejercía en mi alma una acción indescriptible y me estremecía á menudo sobre el recado, empuñando convulsivamente el puñal que tenía desnudo en la mano.

Después lo dejaba caer, desfallecía el brazo, una pena jamás sentida oprimía mi corazón y enjugando lágrimas levantaba los ojos al cielo para buscar en la misericordia infinita de Dios una fuerza superior á la de mi brazo y á la débil hoja de acero que lo armaba.

(1) Entre estos indios existía una superstición, según la cual al saberse la fuga de un cautivo, las brujas reunidas lo entregan al genio del mal (*Heucubú*) y para cerrarle los caminos invocan las nieblas arrojando al aire puñados de ceniza. Las nieblas no tardan en envolverlo todo. Es su época desde el Otoño al principio del Verano.

Y mientras la fiebre de la debilidad, de la fatiga y del miedo se apoderaba de mí, un gemido de angustia suprema, un murmullo desgarrador de llanto ahogado, escapaba del follaje del algarrobo y se mezclaba á las palpitations anhelantes de mi corazón.





XII

ALGUNAS horas pasaron sin que el silencio imponente de la noche fuera interrumpido.

Los bulliciosos moradores del bosque cercano, renunciaban á su algarabía habitual.

No escuchaban, en efecto, mis oídos vigilantes el silbido del *miloun*,⁽¹⁾ el grito desahogado de la *chuña*,⁽²⁾ la charla de los loros acechados por el zorro, el maullido del

(1) *Miloun*, especie de gallina del monte.

(2) *Chuña*, ave plumiza, del tamaño de la pava común, doméstica y agradable.

huiñá, ⁽¹⁾ cazador, el bramido del tigre ó el chillido crispante de la *cuz-cúúúú*. ⁽²⁾

La selva ranquelina dormida, me parecía evidente favor de Dios, porque los indios recuerdan siempre con miedo el estrépito de sus noches infernales.

(1) *Huiñá*, el gato de las pajas.

(2) *Cúz-Cúúúú*, la lechuza.





XIII

RESOLVÍ acostarme sobre mi recado y dormir. Tenía confianza en la tranquilidad que nos rodeaba. Pero si yo deseaba el sueño, lo combatía la excitación nerviosa del cautivo en fuga, presa siempre del delirio.

Apelaba entonces á toda la fuerza de mi voluntad, para borrar de la imaginación los presentimientos tristes, suspendía la vigilante atención de mis oídos, cerraba los ojos con violencia, y tendido largo á largo sobre el recado, bajo los ponchos, me tapaba hasta la cabeza, después de arreglar los brazos para no oprimir el corazón en un movimiento inconsciente; pero cuando apenas gozaba

el bienestar sereno que precede al sueño, estallaba la chispa nerviosa en la forma de un peligro fugaz y próximo, y me hacía saltar en la cama.

Había visto claramente que al dormirme, un indio clavaba su lanza en mi pecho. Un sudor frío humedeció mis carnes y el delirio brotó otra vez de la imaginación hirviente.





XIV

LA visión palpitante en mi cerebro, era el tigre de la tarde, y aunque resolvía no pensar en las huellas de la lagunita, la figura amenazante de la fiera vagaba siempre delante de mis ojos.

Recordaba entonces las leyendas de los ranqueles sobre el *Vutá Huenthrú*, ⁽¹⁾ su aparición repentina cerca de las tolderías para arrebatar ovejas ó terneros, sus asaltos á los caminantes extraviados de noche en las selvas y la fuerza invencible de su garra

(1) Los indios llaman al tigre *hombre grande*.—*Vutá*, grande; *Huenthrú*, hombre.

que solamente se rinde á la bala ó al acero que le hiere el corazón.

Pero yo pensaba al propio tiempo en las circunstancias consoladoras que nos rodeaban. En estos montes, cercanos á la árida travesía, rara vez ó nunca permanecen los hombres: los *tigres* no serían cebados.

Por otra parte, me decía yo, el tigre es cobarde en su encuentro con el hombre, y lejos de acometer con espontaneidad, huye reservando sus fuerzas soberanas para el momento supremo de la defensa.

¿Acaso no lo he visto mil veces en el monte de *Leuvucó*, acechar los caballos y las ovejas, sin atreverse á asaltarlos porque vigilaban dos ó tres indios camperos cerca de la presa? Y si alguna vez llevó el asalto formidable ¿no se arrastraba cautelosamente, con miedo profundo, mirando á todos lados y hacia atrás, atento á la vez á la presa codiciada y á la huida, deteniéndose al sentir los menores ruidos, como un ladrón de pueblo? ¿Y no fugaba después miserablemente con la borrega en la boca, como salta la gama indefensa al escuchar el ladrido de los perros?

Era necesario no conocer las costumbres

del monarca de las selvas ranquelinas, para perder el sueño por temor de sus asaltos, cuando se tiene un grueso poncho para envolver el brazo izquierdo y metérselo en la boca, mientras la derecha le hunde el puñal en la *olla*. (1)

(1) Voz popular que designa en la campaña, la cavidad intertorácica por donde se hiere el corazón de las bestias.





XV

RECORDABA además que el indio *Pichilóo* ⁽¹⁾ me había referido cierta noche una historia en verdad extraordinaria.

Perdido en una invasión llevada á la posta de la *Esquina de Lobatón*, para robar la mensajería del Rosario á Córdoba, encontró al tigre en la orilla de una laguna con una isleta en el centro.

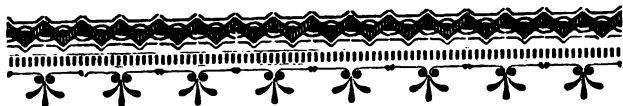
La fiera soplaba el suelo y agitaba la cola al llevar su ataque. El indio asustado entró al agua y se guareció en la isleta. El tigre se echó á nadar también.

(1) *Pichilóo*, módano pequeño.

Afligido *Pichilóo* y asaltado en el último refugio, caminó á pie resueltamente hacia el enemigo, y al tenerlo cerca alzó los brazos en cruz nerviosamente, lanzando un grito indescriptible, desesperado, de espantosa agonía, que resonó en los campos como la maldición de un gigante herido.

La fiera se detuvo, retrocedió en el agua y se alejó mirando de cuando en cuando hacia atrás, como si aun la hiriera el bramido feroz del araucano acosado. . .





XVI

ME alentaban estos recuerdos, el sudor frío disminuía y cesaba la comezón nerviosa que como un hormiguero ó como un peine de agujas, sentía en la espalda, cuando los lazos de los caballos atados al tronco, comenzaron á agitarse cerca de mí.

Un aura indescriptible recorrió mi sangre, y la realidad, la abrumadora realidad de nuestra desgracia, se presentó desnuda al espíritu.

Aquella agitación de los caballos era un indicio sombrío. Observé y los vi asustados. Remolineaban y pisoteaban el suelo, miran-

do con ojo penetrante y orejas fijas hacia el camino recorrido en la tarde.

Iba á sentarme sobre el recado, cuando un resoplido estridente y nervioso de bagual aterrado me dejó confuso. . .





XVII

QUAMÁS olvida el caminante temeroso é indefenso, la impresión que produce el bufido de los caballos en medio de la calma mortuoria de las noches del Desierto.

Es el grito de alerta del centinela que denuncia la aparición de peligros misteriosos y fantásticos. Recuerda á los dormidos, arma los brazos, excita el cerebro, acelera las pulsaciones de la sangre, azuza el, oído y parece desarrollar la potencia de la visión, afanada en iluminar las tinieblas para descubrir las asechanzas nocturnas.

Estalla de repente, como el disparo de una pistola sobre la cabeza de los niños. aturde

á los débiles, precave á los fuertes y hace estremecer todos los corazones con una vaga y quimérica superstición.

Con el cuchillo en una mano y los cabestros de los caballos en otra, adelanté hacia la niebla; pero me detuvo una voz heróica, que decía desde el árbol, suavemente, casi ahogada:

— Si vienen los indios no te expongais. . . io salvaré tu vida entregándome á eios. . . hi velao dende agora y hi sentío ruío al lao del camino de aier. . .

Panchita descendió resueltamente sin darme tiempo para impedírselo, desató los frenos que les sirvieron de escala y se puso á mi lado, agregando con acento apagado al oído:

— Es mejor enfrenar los cabaios y juir en pelos, porque los indios no están cerca toavía. . .

La firmeza de su espíritu rehecho del terror que le infundía la muerte á que fuera condenada en *Leuwucó*, devolvió á mi alma el temple necesario para afrontar la angustiosa situación que nos rodeaba.

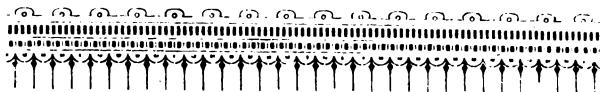
Me eché de barriga en el suelo, acerqué el oído á la tierra y adquirí la persuasión de

que el enemigo que aterraba á los caballos, no era el salvaje. Ni un rumor, ni un tropel lejano de jinetes se sentía.

Panchita, dije, vuélvete al algarrobo. Los caballos tienen miedo de los zorros.

—Ío no me moveré de tu lao, contestó con enérgico acento y voz segura. . .





XVIII

EXTENDÍA mi cuerpo y alargaba el pescuezo hacia la niebla blanquecina, contenía la respiración y abría tamaños ojos para sorprender en medio de las sombras la silueta del enemigo, pero todo mi anhelo era inútil. No percibía los objetos á cinco varas á la redonda.

Los caballos, que eran nuestra descubierta, golpeaban el suelo con los cascos, olían la tierra, giraban nerviosos al trote sobre los lazos, erguían briosamente la cabeza, fijaban las orejas y la mirada hacia el monte del Sur, y olfateando el espacio, repetían los bufidos con fuerza extraordinaria.

El peligro estaba, pues, allí, y podía resol-

verse en la aventura de un zorro atraído por el olor vivo de las caronas sudadas, ó en una irreparable desgracia, si nos acechaba el tigre de mis ensueños.

Esta fiera tiene un tufo penetrante, que los caballos reconocen desde largas distancias y que el hombre percibe á veces mucho antes de su aproximación. El zorro exhala también el suyo peculiar y diferente del primero.

Yo quería sacar partido de esta circunstancia para despejar nuestra zozobra; pero la calma reinante era absoluta y apenas tomaba el olor desabrido y resinoso, característico de la atmósfera acuosa de la selva.





XIX

No percibía al enemigo; pero la imaginación relampagueaba, iluminando la bruma impenetrable y los escondites mismos de la selva ranquelina.

Mis alucinaciones volvían más excitadas que nunca al tigre. Lo veía viejo, cabezudo, largo y profundo de cuerpo, con la piel descolorida y quemada por los años, hundido en los ijares, enroscada y movediza la cola, mirándonos pasar con ojos centelleantes, desde un matorral de *jarillas* y *retamos*, inmediato á la lagunita dulce de los berros.

Luego se movía, marchaba lentamente hacia el borde de aquella, olía el suelo, ras-

gaba la corteza de arenas con la garra desnuda y formidable, respiraba con ansia explorando el ambiente, abría la boca coronada de gruesas y gastadas púas, y ahogando su bramido espeluznante, seguía nuestro rastro, del cual se apartaba á menudo en los claros, para ocultar la persecución entre los vericuetos del monte.

De repente vociferaban los loros asustados sobre su cabeza, oía el rum-rum de un volido de perdiz ó fugaba gritando el zorro, y se detenía un momento, lanzaba gruñidos apagados, como una maldición á los que descubrían su marcha, y en medio del nuevo silencio, lo continuaba precavido.

Se acerca por fin la noche. Hélo ahí entonces agazapado, como el facineroso de los caminos, entre las ramas bajas del *alpataco*, esperando la oscuridad, protectora del asalto.

La cortina de vapores favorece sus empresas y oculta sus asechanzas famélicas. Los caballos lo olfatearán desde lejos; pero llegará sin ser visto, eligiendo en libertad el flanco débil de la presa.

Ya está en movimiento. Avanza pocas cuadras, se detiene, reconoce el terreno, huele

el aire, escucha: el enemigo duerme. Adelante sobre el rastro!

Llega á doscientas varas y el resoplido formidable de los caballos le revela que está descubierto y que lo esperan con las guardias montadas. Se pára, da unas cuantas vueltas, vacila, mira fijamente al rumbo codiciado y gana al trote un matorral cercano.

Allí se echa y reposa. ¿Huye ó reúne todas sus fuerzas para arrojarse al asalto? De repente se mueve estirando su cuerpo sobre las piernas dobladas, como el gato que acecha el palomar, y se escurre apenas sin hacer ruido en las ramas, moviendo con cautela una garra después de la otra, achicándose á veces cual si lo vieran, para ocultarse entre el pasto amarillento del invierno.

La alarma de los caballos redobla, sus bufidos desesperados se repiten, y el tigre se estremece. Está descubierto; pero no está vencido, y se agazapa con la mirada de fuego, la boca abierta y babosa, la lengua palpitante de un palmo, los ijares hundidos y las garras desnudas y nerviosas. Vuelve á arrastrarse torciéndose entre la yerba, como la serpiente, hasta llegar cerca de la presa,

y se yergue de improviso, lanza á los aires su bramido de guerra, que hace temblar los montes, y se desploma de un salto sobre la víctima asustada! . . .





XX

RANCHITA me arrancó del delirio, señalando á los caballos.

— Mirá! . . . Quieren cortar los lazos, están desesperaos, anda algún animal cerca. . . ¿No tomáis el olor?

— Es el olor del zorro, contesté respirando al fin con la honda delicia del que salva de los peligros supremos.

Los caballos habían llegado al paroxismo del terror. Trotaban á saltos en torno nuestro, bufaban, pateaban y se sentaban cabeceando con fuerza extraordinaria para cortar los lazos y disparar.

El *Maicá*, favorito de mi silla, era el más alborotado. Recogí su lazo firmemente y lo

acerqué nombrándolo con tono imperioso. El caballo, que me conocía, cabestreó temblando.

— *Maicá! ... Maicá! ... pingo ...* le decía palmeándole el pescuezo para dominarlo, cuando en medio de aquel solemne



silencio, estalló un estrépito vibrante como la explosión inesperada en una batería, tembló la tierra y se oyeron chasquidos estridentes de lazos cortados que azotaban los aires, troteles de caballos aterrados y un bramido formidable que parecía el bramido de cien fieras disputándose el cebo ensangrentado.

Maicá se abalanzó arrancando como una flecha, pero el estirón del fuerte lazo *chileno* ⁽¹⁾ lo dió en tierra redondamente.

Yo mismo, enredado de las piernas caí como cuerpo muerto; pero me levanté de un salto y con el cuchillo en la mano. . . *Panchita* estaba ya á mi lado, trémula, muda. . .

Maicá bufaba y se sentaba forcejeando. *Choiqué-Luan*, ⁽²⁾ el otro caballo de mi confianza, había cortado el lazo; pero en vez de huir á los montes buscaba aterrado á *Maicá*, su viejo compañero, olía, bufaba y tembloroso erguía el pescuezo y olfateaba el campo.

El horrendo estallido del asalto, fué instantáneo y seguido de un tropel prolongado. El picazo estrella blanca de *Painé* había cortado el *maneador* ⁽³⁾ y disparaba.

Instantes después oímos ruidos de lucha y otra vez el bramido furioso que precede al asalto, un crujido seco y espeluznante de cuero vivo rasgado en la res y el golpe sordo

(1) Así se llama una clase de lazo, que no es trenzado, sino simplemente torcido, extraordinariamente fuerte. El nombre de chileno proviene de ser usado por los araucanos.

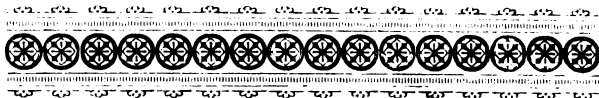
(2) *Choiqué-Luan*—*Choiqué*, avestruz; *Luan* guanaco.

(3) *Maneador*, es un cabestro de cuero.

del cuerpo pesado que se desploma. Esto sucedía tan cerca de nosotros, que sin verlos, percibíamos todos los detalles de la pavorosa escena.

El tigre había cazado al picazo y bramaba sordamente. Los rugidos amortiguados se alejaban poco á poco como si la fiera arrastrase el caballo hacia su guarida selvática. De cuando en cuando, cansada ó con rabia, lanzaba quejidos nerviosos, gritos de impaciencia por la lentitud que el peso de la caza imponía á su fuga victoriosa.





XXI

Un silencio solemne sucedió al sangriento asalto. Ensillé los caballos, que temblaban como pasmados, y cuando todo estuvo pronto para la marcha pensamos en la inutilidad del intento. La cerrazón era todavía inmensa y pocas horas de desvío del rumbo del Norte podían ser fatales: habíamos pasado ya dos días sin tomar más alimento que el agua de las lagunas.

En esta situación indecisa, rodeados de tinieblas y agotadas las fuerzas, nos sentamos al pie del algarrobo con los caballos de la rienda y transidos de frío.

Pasaron así algunas de las horas más

largas y tristes de mi vida, hasta que nos dormimos profundamente.

Prolongado debió ser este sueño, porque cuando me despertaron unos terribles dolores al pescuezo, la claridad era completa:

El sol, el esperado poncho de los pobres, como decía Painé á sus indios, iluminaba el sonriente y solitario paisaje de la selva.

Apenas podía moverme. La posición y el frío que durante tanto tiempo había sufrido me envararon.

Montamos á caballo, consulté la flecha de la dirección y recorrimos los alrededores. A cien varas de nuestro campamento estaba la charca de sangre del picazo y desde allí par-tían las huellas de su cuerpo arrastrado por el tigre.

Emprendimos la marcha al galope largo, maltratados por las emociones, la extenuación y la inclemencia del tiempo. Necesitábamos alimento y fuego, y no teníamos esperanzas de encontrarlos.





XXII

EN el primer alto para dar resuello á los caballos, corté dos gajos de *calden* seco. Los indios sacan fuego con palitos, que frotan introduciendo uno en el corazón del otro.

Pero la contextura vidriosa del *calden* no ofrecía la resistencia necesaria y mi intento fué estéril.

Busqué yerbas frescas, cuyas raíces nos alimentaran y apenas pude reunir los filamentos agotados de los pastos secos del otoño. Las gramíneas de primavera germinaban á la sazón.

La marcha era por consiguiente tristísima en medio de las sonrisas de la naturaleza.

Mientras el hambre amenazaba nuestras vidas, la selva parecía sonreír alrededor con los esplendores que guarda la tierra ranquelina aun en la estación del frío y de las nieves.





XXIII

EL paisaje era, en verdad, abigarrado, pero hermoso.

Alternaban los troncos negros, quemados por los incendios frecuentes, con los tallos erguidos y cubiertos de varas horizontales de los *chañares*.

Las ramas colgantes, flexibles y vestidas de las hojas verde-claras del *quebrachoblanco*, se inclinaban al peso de las semillas en embrión, más grandes que la fruta del nogal, recordando al espíritu atribulado, los sauces llorones de todos los arroyos de las pampas bonaerenses, á cuya sombra pasé tantos días felices en la infancia.

Otras veces los gajos del quebracho, lle-

vados en alas de las ráfagas del viento, se enredaban en la copa del *pege*, de hojas más frescas y alegres y de tallos duros y espinosos lanzados del tronco hacia arriba con arrogante energía.



Los árboles blanquecinos, secos ya, que el huracán no derribara en sus furores, aparecían á menudo, hospedando en las puntas más altas á las aves de rapiña en acecho; mientras al lado conservaba su colorido verde negruzco el ceñido follaje del *piguillín*, de fruta sabrosa á los indios y viajeros, y cuyo

tallo surge de las hondonadas del suelo, menos desenvuelto y arrogante que sus rivales.

Las *jarillas* de hojas olorosas, pequeñas, de bordes ondeados y tinte verde atornasolado, agrupadas en forma de palmas, levantan su copa á la altura de los gigantes del bosque, y sus guías largas y finas, como el mimbre, se abren elegantemente invadiendo los contornos.

Este alegre matiz de las diferentes gradaciones del verde, se interrumpe á menudo en la selva ranquelina y aparece á la vista un barrero salitroso, ó un llano, cuyos pastos caídos bajo la acción de las lluvias, dejan libre el manto rubio de las arenas de la formación.

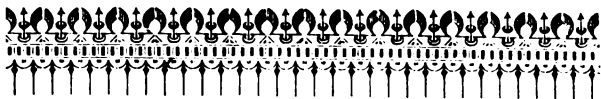
Más allá ondulan al paso los tallos de las gramíneas y cortaderas en flor, coronando los matorrales con sus blancos penachos aterciopelados, desflocados por los vientos.

La *zampa*, que no se levanta más allá de los límites trazados al arbusto, cubre extensiones considerables de terreno y los intermedios de los árboles añosos, con sus tallos, follaje y flores amarillentas.

A pesar de estos vegetales, que con el *retamo* no pierden su verdor en el invierno, y

en cuyas bifurcaciones viven los claveles del aire, blancos, olor de incienso y rojos, como el *suelda consuelda*, el tono general del paisaje es sombrío, porque millares de árboles frondosos han perdido su vestidura y la savia parece adormecida en el seno de la leña gris, esperando el mes propicio á los retoños.





XXIV

No solamente la vegetación desplegaba sus galas ante nuestra desgracia. Entre las hojas y las ramas murmuraba la vida serena de los moradores de la selva.

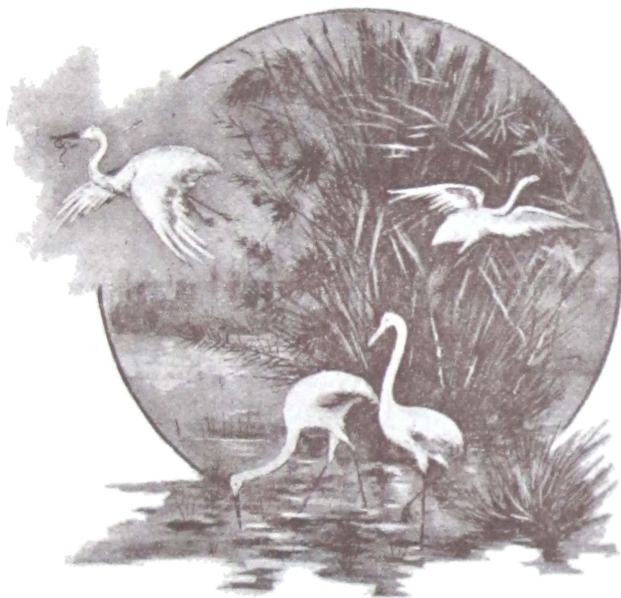
La *cuz-cúúú* chillaba remolineando en el aire, descendía á la espesura y se elevaba de nuevo con un ratoncillo en el pico para posar el vuelo sobre la corona espinosa de un árbol seco.

En todos los llanos huían las liebres sorprendidas por nosotros, mientras tomaban la resolana al pie de las plantas de la *brea*.

Los avestruces cruzaban de tiempo en tiempo á lo lejos, en bandas elegantes y

alarmadas, burlando mi impotencia con sus alones codiciados.

Unas veces saltaba de entre las piernas de los caballos, como arrojado por la tierra



á los aires, algún venado que se abandonaba al pesado sueño matinal.

Otras veces, bajo las copas extendidas de los algarrobos, salían de sus largos nidos colgantes los loros bullangueros; y la tímida torcaz revolaba de rama en rama, ex-

halando gemidos, que parecían arrancados por el dolor á nuestras propias entrañas.

Más allá, al borde de las lagunas, las cigüeñas tendían el vuelo llevando en el largo pico, la vívora cazada con astucia; y sobre los árboles más altos graznaban los caranchos, los gavilanes, los chimangos y los jotes ávidos de jilgueros y palomas.

De repente los caballos muerden el freno, asustados de un zorro que huye hacia el matorral cercano con un loro en la boca; y poco después nos cierra el paso el león de América, el *puma* ceniciento de la pampa.





XXV

Los caballos le temen; pero ni los caballos ni el hombre se estremecen á su encuentro, como á la faz fulminadora del tigre.

El *puma* es mirado por los indios con cariño, como el caminante honesto hallado en sitios peligrosos, como el héroe, invencible en la defensa, incapaz de asaltos inesperados ó traidores.

El *puma* nos descubre con soberana indiferencia, abre la boca, lanza un rugido gutural, da vuelta y se retira tranquilamente á

la espesura. Si hubiera sido agresivo, yo habría sucumbido, por la debilidad de mi cuerpo; pero su misma nobleza armó mi brazo.

Con injusticia, pero con hambre, me arrojé sobre el viejo morador de las breñas, que se inclinaba á nuestro paso y cedía el campo humildemente, haciéndonos gracia de la vida.

En un instante le corté el camino con el lazo armado, y ciñéndoselo de un tiro feliz en el pescuezo, clavé espuelas al caballo y partí á escape con la fiera aturdida, semi-ahorcada y á la rastra, en dirección á un calden corpulento.

El cráneo de aquella se estrelló contra su tronco, y aprovechando el primer instante de aturdimiento producido por el choque, corrí en torno del árbol, dando vueltas al lazo, de modo que el *puma* quedó amarrado como toro en el palenque.

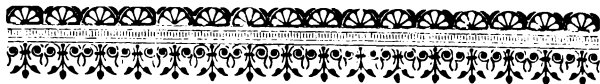
Llamé entonces á Panchita, que contemplaba atónita la escena, y apeándome del caballo le dí sus riendas.

—Tíralo, dije, para que el lazo esté siempre firme. . .

Fuí al *puma*, le eché mi poncho á la cara,

que desgarró bramando mientras le hundía el puñal en la olla, antes que acertara á dirigir sobre mí su garra formidable.





XXVI

HICE la carneada en pocos minutos, sacando dos asados de sobre las costillas y la riñonada, que según costumbre de los indios, até á la cola del caballo para que se orease, como santo remedio en los casos frecuentes de inflamaciones producidas por quebraduras y por golpes.

Yo estaba muy contento de esta aventura que nos proporcionó alimento; pero la fatalidad se burlaba de nuestro anhelo supremo de llegar á tierras de cristianos.

Habituados á devorar en *Leuvucó* y en campaña platos de sangre cruda en cuajarones, con sal y ají, la carne del puma nos causaba náuseas. Panchita lanzó bilis al

chuparla. Yo sufrí los mismos efectos un instante después. Este alimento abundante agravaba, lejos de aliviar, nuestra penosa situación.





XXVII

HABÍA pasado el medio día. El monte era más ralo y muy bajo. El terreno cambiaba sensiblemente de aspecto, sucediendo capas arenosas y salpicadas de guijarros y de cactus á las tierras gordas antes recorridas. Estaba seguro de que nos acercábamos á una comarca nueva.

Inesperadamente, al salir de las últimas sombras de una isleta, dimos un grito supremo y cayendo de los caballos levantamos las manos al cielo dominados por una emoción indefinida.

El horizonte estaba despejado al frente apenas interrumpido por el monte achaparrado, amarillento y triste de las travesías;

pero allá lejos, muy lejos, sobre el fondo límpido y consolador del cielo celeste, alzaban sus cumbres redentoras los cerros de San Luis!





XXVIII

RECORRÍAMOS los contornos en busca de agua, y guiados por el grito de los *teru-terus* llegamos á una pequeña laguna dulce. Estaba en el campo abierto, á dos cuadras de la punta del monte, bordeada al Sudoeste por suaves médanos consolidados. En todos sus alrededores revelaban la presencia reciente de un grupo de viajeros, las cenizas del vivac, los rastros de camas hechas sobre las pajas, las huellas de los animales y el barro chapaleado.

Descubrimos allí de nuevo las pisadas de las mulas y las rayas de lanzas, que nos habían inquietado anteriormente.

Aquí había dormido la misteriosa cara-

vana que nos llevaba una jornada de ventaja. Era, sin duda, una invasión en marcha sobre los pobres campos de San Luis. Oh! me decía yo, si pudiéramos llegar antes, cuántos horrores evitaríamos!

Bebimos agua y reflexionámos en medio de una situación insostenible, pues apenas podíamos montar á caballo. Nuestros semblantes asustaban y nos ocultábamos recíprocamente las impresiones que sentíamos al mirarnos.

De allí á San Luis había veinte leguas por lo menos. Camino de tres días á través de campos *guadalosos* y cubiertos de espinas! ¿Resistiríamos? ¿La suerte nos sería propicia salvándonos de las partidas de indios que diariamente merodeaban alrededor de las poblaciones avanzadas de San Luis?

Una hora perdida en el Desierto podría ser causa de nuestra muerte. Montamos, pues, sobre aquellos caballos bienhechores que parecían con músculos de acero y nos lanzamos al ondulado mar de arenas coronadas de espinas, mirando hacia las cumbres, como el hijo ausente que torna al hogar y descubre desde lejos á la madre idolatrada.



XXIX

A MEDIDA que nos internábamos, el terreno modificaba totalmente su aspecto. El suelo era de arena y guijarros, á veces empapado por las lluvias recientes.

Los caballos se hundían á cada instante en las galerías subterráneas de los *tucutucus*.

Una vegetación raquítica y amarillenta, en la cual predominaba el retamo, el algarrobillo, la jarilla, la brea, el jume y los cactus, cerraba á menudo la ruta ó desgarraba con sus espinas nuestra carne.

Era, por otra parte, imposible seguir constantemente una dirección, á través de los

matorrales y de los hundimientos pantanosos del *guadal*.

Caminábamos haciendo vueltas rapidísimas y frecuentes para esquivar agujijones ó vadear pantanos, y de esta suerte, nuestra huella se desenvolvía culebreando y con lentitud.

Caía ya la cruda tarde del invierno y aun contemplábamos á la espalda la silueta del monte ranquelino. El aire de la marcha apenas rendía sobre media legua por hora.

Al frente, las sierras brotaban del suelo en todas direcciones, á la derecha, á la izquierda y al centro de nuestro rumbo.

¿A cuál de las cumbres atrayentes enderezábamos? La más cercana era la de la izquierda y ella marcaba nuestra dirección, porque estando más alejada de la región poblada, era de presumir que fuera menos visitada por indios camperos é invasores.





XXX

Los caballos comenzaban á resentirse de una fatiga que antes no había notado: la marcha en la travesía los hallaba débiles y era necesaria la mayor prudencia para no rematarlos.

Hicimos alto en el centro del arenal, bajo las ramas flexibles, para dar de comer á aquellas bestias salvadoras, las escasas y reseca y yerbas que crecían en el suelo estéril al abrigo de los arbustos.

Nuestra debilidad era alarmante. Ensayamos una nueva comida de carne de *puma* y fué imposible retenerla.

El sueño mismo nos abandonaba, teníamos una fiebre lánguida é indescriptible, y

la amenaza de una larga noche de Julio en la soledad peligrosa y fantástica de la travesía.

El más leve incidente que alarmara á los caballos podía perdernos, porque nos faltaban fuerzas para sostener el estirón de los lazos. El ataque de un gato montés triunfaría de nosotros.

Por toda defensa allegué grandes y espinosas ramas en torno nuestro y detrás de ellas, envueltos en los ponchos y cubiertas con caronas las cabezas, para ampararlas contra alguna garra traidora, esperamos resignados que se cumpliera la voluntad de Dios.





XXXI

AQUELLA noche verdaderamente po-
lar para nuestras almas, pasó al
fin, sin desgracia alguna, aunque en infinita
zozobra.

A la primera claridad ensillamos los ca-
ballos y quedamos tan cansados de hacerlo
como si hubiéramos levantado enormes
pesos.

Nuestros semblantes amoratados, biliosos
y hundidos, nos causaban espeluznamientos
recíprocos, que en vano pretendíamos ya
ocultarnos. Veíamos todas las cosas del
color amarillento de la muerte!

Montamos á caballo, arrastrando penosa-
mente las piernas sobre los recados, con un

esfuerzo supremo, y al ponernos al trote corto, que era el único aire de marcha permitido por el *guadal*, nos veíamos á menudo expuestos á caer desfallecidos y guardábamos el equilibrio, asiéndonos con ambas manos de las cabezadas y las crines.



Así marchamos, sin cesar, cayendo y levantándose los caballos en el suelo hueco, que faltaba á sus pīsadas, hasta el medio día, hora en que llegamos á la orilla de una gran laguna salada, de bordes espumosos y rosados, en cuya orilla había tendido su línea rosada una elegante banda de flamencos.

Desde allí se descubrían patentemente todos los detalles de la sierra de la izquierda, las masas azuladas de las rocas, las manchas verdosas de la vegetación, las quebradas y los picos.

Estábamos tan cerca, que las fuerzas renacían en nuestros organismos maltrechos y enfermizos.

Dimos un largo resuello á los caballos, con frenos quitados y cinchas flojas, y rompimos de nuevo la marcha, haciendo el esfuerzo de la última esperanza.





XXXII

EL terreno ascendía desde allí, era más firme, las grandes piedras se mezclaban á las arenas, como derrumbes de la montaña, arrastradas á lo lejos por los hielos. Los caballos trotaban con más libertad y mayor rapidez.

A la media hora nos detuvo otra sorpresa: cruzamos un ancho camino que parecía correr del sudeste hacia la quebrada inmediata y central de la sierra, y en este camino estaban frescos, recientes, los mismos signos de los días anteriores.

Era necesario seguirlos aunque fueran del enemigo. ¿Qué otro rumbo podíamos adoptar en medio del Desierto de arenas enjutas,

sin correr á la muerte inevitable de hambre de sed y de extenuación?

Era ya la tarde, y el trote abrumador franco y largo, sobre el camino, no cesaba un instante; pero la sierra azulada, sus lampos de vegetación, las cumbres y sus valles, parecían caminar fantástica y burlescamente adelante de nosotros.

El sol declinaba, la marcha era cada hora más rápida, nuestra ansiedad crecía, los ojos medían ansiosos la distancia al cerro cercano; y la imaginación calenturienta lo veía alejarse, siempre envuelto en celajes, como arrastrado por una visión diabólica.

El ánimo faltaba. Vahidos misteriosos parecían anonadar mi espíritu al pensar que una noche más nos sorprendía lejos de los pliegues de la sierra, donde el corazón soñaba hallar el amparo del cristiano.

Pero era necesario triunfar del hambre y de la debilidad, y continuábamos la marcha al trote largo, casi al galope!



XXXIII

No se había entrado aun el sol cuando pisamos la falda del gran pico, que rodeado de varios cerros menores, formaban el macizo que nos guiaba desde la víspera.

Nuestros corazones latían turbulentamente y nos ahogaban, cuando penetramos velozmente al valle. El valle en las sierras es la Población, es la Vida!

Solemne silencio reinaba, sin embargo, y

nada percibíamos al frente. Doblamos la primera punta y galopamos diez minutos contemplando los rayos pálidos de la luz poniente, con la ansiedad de que se prolongara una hora más.

Un precioso arroyuelo de agua cristalina corría á nuestros pies. Los caballos se precipitaron al cauce y la sed los detuvo en el centro de la corriente. Olfateaban y bebían las ondas purísimas con desesperación.

Salimos al fin, y costeando el arroyo llegamos á un grupo de árboles, donde Panchita, que iba algunas varas á mi derecha, se arrojó del caballo violentamente, gritando con voz llorosa:

— Juego, juego! . . . Bendita seais. Virgen María! . . .

Habíamos encontrado un fogón, con tizones encendidos y alrededor muchos huesos roídos por los perros.

Los tizones ardieron, la carne del leon fué asada y triunfamos al fin del hambre!

Esta providencial victoria nos pareció un augurio feliz en el primer momento; pero después de saciados, nos horrorizamos de la temeridad de mantener las llamas delatoras de una fogata en el Desierto.

Apagamos al instante la hoguera y dejamos un tronco encendido, enterrado en la ceniza, para conservar el fuego hasta el día siguiente. Después buscamos abrigo abajo de los árboles enhiestos del valle y quedamos profundamente dormidos.





XXXIV

EL calor del sol alto y esplendoroso nos despertó, en el seno de un espectáculo soberbio.

Era nuestro techo la oscura y espinosa enramada de la *sombra de toro*. El valle estaba cubierto de pastos brillantes con el rocío de la noche y escabrosas murallas de rojizo colorido limitaban la mirada en todas direcciones.

Sobre las laderas de estos cerros yacían inmensas masas de piedras rotas, detenidas en su derrumbe de las alturas, y entre las grietas, cubiertas de aluviones fecundos, crecían árboles, arbustos y yerbas de formas y altura variadas.

El sonriente paisaje, envuelto en celajes amarillos, dejaba una impresión lánguida y melancólica en nuestras almas, porque la debilidad nos postraba, á pesar de la cena de costillas de *puma*.

Era necesario recorrer el terreno, escalar la cumbre cercana, buscar la dirección de San Luis, partir sin demora, y me puse en camino, á pie.

La áspera ladera me obligaba á caminar á tientas, resbalándome á veces cuando se escurrían los escombros bajo mi planta, trepando á las piedras rotas y bajando á las grietas otras veces, para adelantar apenas la ascensión.

Las rocas estaban cubiertas de un rocío helado, y mis manos y mis pies resbalaban sobre ella.

Las ramas en que me apoyaba en momentos críticos crugían al romperse y yo caía con las carnes lastimadas.

Reposé unos instante contemplando el hervor de la Vida entre las grietas y las piedras mismas.

Insectos de brillante colorido se agitaban entre las hendiduras y sobre las ramas de las plantas. Ora, al dar un paso, saltaban y

huían con rapidez pasmosa los pequeños lagartos tendidos á la resolana, entre las piedras mismas.

Ora las hojas de los claveles del aire, con flores secas, todavía en los tallos, herían las palmas de mis manos.

Emprendí de nuevo la ascensión, y á las cincuenta varas no pude continuarla. Me faltaba el aire, mis fuerzas eran impotentes para sostener el peso del cuerpo, el corazón palpitaba con violencia sofocante, y chorreaba la sangre de mis pies.

Miré á la cumbre, de la cual me separaba dos veces el camino recorrido, con el despecho de la impotencia; y cobrando aliento me dirigí lentamente al valle, al cual llegué para caer deshecho á la costa del arroyo.





XXXV

PANCHITA había asado carne de *puma*; pero al tomar el primer bocado, una grasa amarga mojó mi garganta y la volví. Las angustias de tantos días transformaron acaso mi sangre en bilis y durante largo rato lancé hieles.

Me sentía enfermo y apenas pude arrastrarme hasta el tronco de la *sombra de toro*. Panchita lo estaba asimismo, soportando sus dolores con ese heroísmo sublime, de la mujer resuelta á sucumbir por salvar al hombre que ama.

Era imposible pensar en la marcha. Ni yo, ni ella podíamos ensillar los caballos y montarlos.

Pasamos mucho tiempo silenciosos, luchando con la existencia, con los dolores y con el frío, cuando vimos aparecer en las cumbres del Norte una traviesa y gallarda tropilla de guanacos.

Saltaban elegantemente sobre las rocas, extendían los cuellos con la cabeza erguida hacia atrás, reconociendo el camino pasado, y luego se precipitaron hacia el valle, á brincos, de piedra en piedra, como los pájaros que vuelan de rama en rama.

Los guanacos huían. ¿De quién? ¿De un tigre? ¿Del hombre? Pasaron cerca de nosotros, nos descubrieron un instante, y trepando la ladera cercana, miraban de nuevo á la cumbre opuesta, para desaparecer en los pliegues de la sierra.

Momentos después Panchita me avisó que estaba un indio, apoyado en su larga lanza, á caballo, sobre la cumbre que yo no había podido escalar!

Miraba sigilosamente! Caminó algunas varas á derecha é izquierda, cual si explorara el valle en todas direcciones y no lo vimos más.



XXXVI

ERA un *bombero!* ⁽¹⁾ La emoción nos puso de pie y ensillamos los caballos con inesperada rapidez; pero una vez ensillados ¿qué haríamos?

La realidad de nuestra perdición nos abrumó. Sin fuerzas para la lucha física, me arrojé abatido al pie del árbol, con el caballo de la brida. Las lágrimas rodaron sobre mis mejillas y los recuerdos de mi Madre y de la Libertad de mi Patria salie-

(1) El vigía ó explorador de los indios: *Bombear*, se usa en la campaña argentina, para decir que los indios descubren las posiciones y ganados del cristiano.

ron á mis labios entre palabras balbuceantes.

Un tropel lejano resonó en seguida y después apareció en el fondo de la quebrada un pelotón de indios, que con grande algarada



corría sobre nosotros, agitando vertiginosamente sus largas lanzas con penachos de cerda.

El jefe alzaba un sable formidable, de los tomados por los indios á los coraceros de Rosas, y montaba un caballo soberbio y de

pelo rarísimo. Era ruano overo. El recuerdo de este caballo brilló en mi imaginación súbitamente. Lo había visto hacer prodigios de agilidad y de resistencia en *Leuvucó*, durante los grandes parlamentos. Era el caballo de pelea del capitán Gatica, de la gente del coronel Baigorria.

Los jinetes venían á trescientas varas de nosotros, subiendo y bajando los accidentes del terreno, como una horda escapada del Infierno, y nuestros corazones palpitaban en la angustia de la agonía con los ojos fijos en el bárbaro del ruano overo.

Un momento después hicieron rayar los caballos sobre el paso del arroyo. vociferando en castellano arribeño:

--- Déñse á presos!

Era el mismo capitán Gatica! Estábamos salvados! Panchita, que había sido una heroína durante todos los peligros de la muerte, cayó sin sentido al oír el grito supremo de la Vida!



XXXVII

NUESTRA enfermedad, que era de hambre y de fatiga, duró pocos días. Nos cuidaban cariñosamente en el campamento del capitán Gatica, en el fondo del valle donde nos hallaron, las mujeres cristianas é indígenas de su hueste.

Esta se componía de veinte hombres, de los cuales ocho eran cristianos y los otros doce ranquelinos, de la tribu del cacique Pichun.

Era la misma caravana que durante la fuga nos inspirara tantas zozobras. Había salido del monte de *Trapal* el día de la muerte de *PAINÉ*.

El capitán Gatica estaba acampado en la sierra del *Lince*, que así se llamaba el puerto de nuestra salvación, es decir, á medio día de camino al Sur de San Luis. Al pie de esta sierra por el Norte se hallaba el ensangrentado fortín del mismo nombre.





XXXVIII

EL campamento del capitán Gatica tan próximo á las armas cristianas, las cosas raras que en él pasaban, y la ansiedad de llegar á San Luis, de tomar el camino de Buenos Aires y llorar en los brazos de mi madre ó de alistarme en filas libertadoras, eran las preocupaciones supremas de mi alma.

El capitán desaparecía todas las noches de la sierra, reemplazándolo el sargento Orosco como jefe de campo. Regresaba á veces al clarear el día y otras veces estaba veinticuatro horas ausente.

Una tarde, poco antes de entrarse el sol, llegó una mujer, por el camino de Mendoza,

con caballo de diestro. Había galopado muchos días para encontrarnos.

El capitán Gatica le hizo grandes honores, y se internó en la sierra con ella, sin testigos, á la vez que el sargento Rufino Orosco, uno de los cristianos del coronel Baigorria, hijo de San José del Morro, salía en comisión, sólo y con caballo de reserva.

Al día siguiente, la mujer había desaparecido y al anocheecer llegaban á nuestro campo el sargento Orosco y un soldado con el uniforme del famoso regimiento de *Auxiliares* de San Luis. El soldado se marchó poco después de mudar de caballo y de hablar con el capitán Gatica.

Muchas veces había pedido explicaciones á éste, sobre los misteriosos movimientos de nuestro campo, y le reclamaba medios para mi viaje. El esquivaba siempre una aclaración y me decía con cariño:

— Aguárdáte hijito que pueda hablar y te hé de decir todo. . .



XXXIX

A sí pasaron varios días. El campamento del *Lince* vivía de carne de yegua, de la caza de avestruces, gamas, piches, quirquinchos, matacos y perdices, como se vive en los toldos de Tierra Adentro.

Los viajes misteriosos se sucedían, coincidiendo con las frecuentes idas y venidas de soldados del regimiento de *Auxiliares*.

Una bella tarde salí á pie con el propósito de escalar el cerro más alto, que da su nombre al sistema y se alza en medio del panorama, que causaba la admiración de los bárbaros.

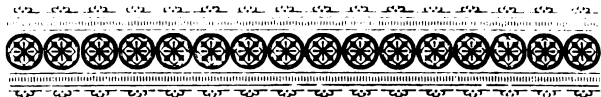
La ascensión fué lenta y fatigosa; pero llegué fácilmente á la cumbre del *Lince* y

me senté en ella, derramando la mirada con emoción indescriptible sobre el primer paisaje cristiano, después de tantos años de horrible cautiverio.

El fortín del *Lince* no estaba á la vista. Lo ocultaban los algarrobos y jarillas; pero allá, al pie de la sierra, sobre la *Punta de los Venados*, ⁽¹⁾ brillaban las aguas límpidas del *Chorrillo* y aparecía, dominada por el bosque de álamos esbeltos, la pobre y pequeña ciudad, sobre el fondo azulado é imponente de los cerros.

A la derecha se abría un paisaje amarillento, con el tinte de las arenas y de la vegetación lánguida de la travesía, en cuyo centro relampagueaban las aguas mansas de la gran olla del *Bebedero*; y más allá, cerraba el horizonte la loma brumosa del *Alto Pencoso*, tendida sobre los campos, como una inmensa ballena sobre la playa del mar.

(1) Así se llama la extremidad de la sierra, donde existe la ciudad de San Luis. De ahí proviene el nombre de *Puntanos*, aplicado á los hijos de esta Provincia.



XL

A PENAS me había dado cuenta de la orientación de los lugares, cuando vi al capitán Gatica que subía á reunírseme.

—Liberato, dijo al llegar, es tiempo de que sepáis todo lo que pasa. . .

—La contemplación de San Luis, respondí conmovido, me arranca lágrimas, porque está en el camino que ha de llevarme á la casa de mi madre. . .

—Ah! hijito, ió también tengo madre, padre y hermanos en el *Frayle Muerto* y hace diez años que nadita sé deos. Tengo mujer con hijos en Río IV y solamente sé que viven en la miseria. . . Figuráte cómo

estará la Jacinta sin saber si es vivo ó muerto su marido! . . . Pero desde que hemos tomado las armas para dar Constitución á la Patria, estamos condenados á muerte en todas partes y no veremos á los pedazos de nuestros corazones, sino venciendo al Tirano y á los muñecos que mandan en su nombre en las Provincias. Hay que pelear, hijito, para llegar á nuestras casas. Aquí está la lista que Rosas ha mandado al Gobernador de San Luis, para que afusile á cualquiera de los que agarre, *por salvajes unitarios aliados á los bárbaros*. . .

Tomé un papel amarilloso y leí estremecido. . . Coronel José Baigorria, secretario de « PAINÉ Liberato Pérez, capitán Cruz Gorordo, capitán Pedro Ponce, teniente Simeón Echeverría, alférez Nicolás Sánchez, trompa M. Pinedo, soldados Bartolo Cabral, « Francisco Gil, Alejo Cabrera. . . »

Era la lista de los principales unitarios que aun vivían refugiados en los toldos ranquelinos, después de las derrotas de los ejércitos libertadores! . . .



XLI

PERMANECIMOS en silencio un instante, abismados en nuestra irreparable desventura. El capitán Gatica sacudió valientemente la cabeza, pasó la mano sobre sus ojos, y exclamó:

— Ya se acerca lora, hijito. Los hombres de Chile han aconsejado el levantamiento de las Provincias de Cuyo, para obligar á Rosas á traer ejércitos de Buenos Aires á dominarlas, y entons se alzarán aiá también. Vamos á levantar el poncho de acuerdo San Luis y Mendoza y reventará la mina en San Juan, luegoito no más. A eso he venido de los toldos, al mando del contingente que han pedido al coronel Baigorria, el cual no lo trujo

en persona por no faltar á los funerales de PAINÉ. Ha de venir, después! Vamos á dar el grito de aquí en ocho días. . .



— Y Panchita, exclamé exaltado, ¿dónde quedará mientras vamos á la revolución?

— La dejáis aquí con las indias y las mujeres. . .

— No, capitán! Pudieran aparecer algunos indios de *Leuwucó* y me la quitarán. . .

Es cierto! Vea hombre! Derechito á aquel monte es el *Pozo del Tula*, dos leguas de aquí. Allí hay un puesto, de don Rufino Natel, al cargo de unas mujeres. Se la podís confiar. Iremos juntos. . .

Nos dimos un apretón de manos en silencio, sobre la cumbre del cerro, como un juramento solemne de morir por la Libertad de la Patria!





XLII

LA misteriosa mujer que había llegado á nuestro campo era una heroína humilde. Venía de Mendoza, á través de largos y escabrosos caminos y había afrontado sola, durante muchas jornadas, los peligros del Desierto arenoso y sin agua, con pliegos del Ministro de Gobierno de aquella Provincia, D. Juan Moyano, para el jefe militar de la revolución de San Luis, que era el comandante del regimiento de *Auxiliares*, coronel D. José León Romero.

Gobernaba á la sazón en esta Provincia, desde algunos años atrás el general D. Pablo Lucero y desempeñaba el Ministerio

Gobierno D. Pedro Herrera, ambos servidores obsecuentes de la Tiranía de Rosas.

No era Lucero un caudillo capaz de imponerse por las condiciones de su carácter, ni por su brillo militar. Fundador de una familia modesta y honorable, era un paisano medianamente culto, de un temperamento manso y sociable, y con una tradición de buenas intenciones que contrarió pocas veces durante diez años de gobierno dictatorial.

Su poder reposaba en la fuerza de los regimientos de *Auxiliares* y *Lanceros* cuya mayor parte daba servicio de guarnición en la frontera, y en un batallón de infantería, que cubría la capital.

El jefe de este cuerpo, coronel D. Patricio Chaves, era también de los revolucionarios.

El general Lucero sería, pues, derrocado.





XLIII

TANTA seguridad había en el triunfo, que muchos enemigos reconocidos abrazaban nuestra causa, no sé si por debilidad ó arrepentidos por patriotismo. La verdad es que numerosos hombres del partido *Federal*, no aceptaban la política de Rosas, ni la identificación de éste con la causa constitucional que les servía de credo.

¿Cuál sería la actitud de las fuerzas de la Frontera? Era la única cuestión, que en punto á tropas, preocupaba á los revolucionarios.

El fortín *Lince* nos pertenecía. El coronel Romero lo había guarnecido con tropas de su confianza del regimiento de *Lanceros*,

que mandaba el comandante Andrés Luce-ro, para proteger las comunicaciones con Mendoza por el Desierto y la incorporación de los auxiliares del coronel Baigorria.

La Comandancia en Jefe de la línea del Río Quinto, estaba en *San Ignacio* y la ejercía el valiente capitán *puntano* D. José Iseas, coronel más tarde de los ejércitos de la Nación. Mandaban compañías en S. José del Morro los bravos hermanos Súa, que dos años antes habían abandonado su refugio de *Leuvucó*.

Aislar á Iseas, segundo jefe del regimien-to de *Auxiliares*, y contar con los Súa, era el propósito perseguido por los jefes liber-tadores de San Luis, cuando hablé en la cumbre del cerro con el capitán Gatica.





XLIV

LA revolución era hábilmente disfrazada. Sus jefes protestaban adhesión á Rosas, dando por causas del movimiento la falta de hábitos de Gobierno del general Lucero, cuyos abusos cansaban á todos los amigos de la *santa causa federal*.

Una hábil intriga había unido en verdad á los *rosistas* y *unitarios* de San Luis en el propósito.

El Tirano mismo de Buenos Aires, avisado y consultado por D. Pedro Rosas desde el Azul, á consecuencia de un propio que por el Desierto le dirigieron los revolucionarios, contestó autorizando el estallido, á condición de que no se dejaran vencer.

Para el general Lucero, gobernar, era administrar una estancia: él era el capataz. Por eso, cuando la Sala de San Luis se reunía, sin que él la hiciera citar, acudía al recinto de las sesiones y se dirigía á los diputados así:

—¿Quién los ha mandado venir?

Luego, de pie, estiraba un brazo, abría una mano, y con el índice y el pulgar de la otra, tomaba sucesivamente los dedos de la primera, á medida que decía:

—Yo soy Gobernador. . . . Yo soy Comandante. . . . Yo soy Jefe de Policía. . . . Yo soy Juez. . . . Yo soy Capitán. . . . Yo soy Teniente. . . . Yo soy Sargento. . . . Yo soy Cabo. . . . Yo soy Legislador. . . . Yo soy todo! ¿Entienden? Pues, mándense ustedes cambiar, que cuando los necesite los haré reunir para que hagan lo que yo les mande!

Y los soldados, numerosos, y bien disciplinados, que sostenía este *Gobierno Republicano Federal*, ganaban cuatro reales bolivianos al mes, con una libra de jabón, un mazo de tabaco paraguayo y dos pliegos de papel de hilo!



XLV

AVANZANDO corría ya el año de 1848 y la revolución se retardaba, á causa de la combinación de planes con los amigos de Córdoba.

Triunfante ella en San Luis podía, en efecto, ser anodada por las fuerzas que aquella provincia sostenía en el Río IV, y se proyectaba muy atinadamente un movimiento estratégico en Córdoba, para distraer la atención y los elementos del Gobernador López mientras se consolidaba la victoria en Cuyo.

Córdoba obedecía á la sazón al gobernador perpétuo D. Manuel López, llamado vulgarmente *López Quebracho*, que en 1847 había hecho el aparato de una reforma de

la Constitución, cuando el país estaba fuera de todo régimen constitucional.

El simulado progreso político se resolvió en su elección de Gobernador por cuarta vez: y á los seis meses de esto, á fines de 1847, delegó el mando en D. Calixto María González, para visitar las fronteras.





XLVI

ERA necesario, pues, alejar de San Luis las fuerzas de Córdoba, y los revolucionarios habían aceptado un plan que les sugirió el coronel Baigorria, por medio de uno de los mensajeros de confianza que sin cesar cruzaban el Desierto.

El Gobernador de Córdoba había representado patéticamente á Rosas la miseria reinante en su Provincia, á consecuencia de epidemias que disminuyeron los ganados.

Imploraba al Tirano la venta por el Gobierno de Buenos Aires al de Córdoba de 4.500 vacas, al precio de plaza y pagaderas en el término de un año.

Rosas accedió. El grande arreo debía salir de Buenos Aires camino de Córdoba á fines de 1847, y los indios tuvieron noticia de ello por sus agentes fronterizos.

El coronel Baigorria estaba encargado de inducir á los caciques ranquelinos á amenazar la frontera, con una poderosa invasión á fin de arrebatarse el copioso arreo.

El Gobernador López sería obligado por este movimiento á concentrar sus fuerzas para defenderlo, y la revolución de San Luis habría conjurado el peligro inmediato que la inquietaba por el Sur.

La muerte inesperada de PAINÉ hizo fracasar la invasión!

Los agitadores de Córdoba, que la esperaron inútilmente, no se pronunciaron y era imposible ahogar por más tiempo el grito revolucionario en la plaza de San Luis.





XLVII

Los coroneles Romero y Chaves, con el mayor Pío Solano Jofré acaudillaron el movimiento, al cual concurrió la gente del capitán Gatica.

Dejamos las mujeres en el Lince; pero Panchita fué confiada á la noble familia que habitaba el puesto de Natel. Allí la recibieron con el cariño y el interés que inspira en todas las fronteras la cautiva salvada después de una fuga heroica.

Reunidas las fuerzas revolucionarias en la madrugada convenida, el ayudante José Astorga, del batallón de infantería, llevó el asalto al Gobernador, el cual reducido á pri-

sión firmó su renuncia al instante. ⁽¹⁾ Lo alojamos en el cuartel de los sublevados, donde yo lo veía sin cesar.

El general Lucero estaba sereno y era bien tratado. Oficial subalterno en los ejércitos de la Independencia, general *rosista* de Provincia más tarde, sobrellevaba altivamente el revés de la fortuna.

El ayudante Astorga no fué personalmente feliz, pues al desempeñar su peligrosa empresa recibió un balazo en la boca. La bala salió por el pescuezo y quedó muy grave.

Muchos años más tarde lo vi. Astorga había perdido el uso de la boca y se alimentaba penosamente por el agujero que en su cuello abrió la bala recibida en el asalto al Gobernador.

(1) La exactitud de este episodio histórico, casi ignorado, es completa, y me fundo en versiones de actores y en documentos del Archivo General de la Nación.



LXVIII

LA Sala ⁽¹⁾ se reunió sobre el tambor y proclamó Gobernador interino á D. Romualdo Ares y Maldes, el cual confederenció con el general Lucero, invitándolo á poner término al derramamiento de sangre, abrazando la causa nacional libertadora, en nombre de sus propios antecedentes, pues fué *unitario* en 1830.

El Gobernador derrocado persistió en su lealtad á la Dictadura, revelando una confianza, que nadie se explicaba en la reposición.

(1) Así se llamaba á la Legislatura de la Provincia.

Los chasques corrían á revienta cinchas en todas direcciones, infundiendo hondas alarmas á los *federales*; y mientras en Mendoza el pronunciamiento excitaba los ánimos en su favor, desde Buenos Aires á Córdoba, se aprestaban las armas vengadoras del Tirano.

En San Luis había delirio popular. La población se entregaba dichosa á las fiestas públicas decretadas.

Distraídos estábamos todos en la celebración de un *Te-Deum*, con salvas, quemazón de cohetes de la India y explosión de *camaretas*, ⁽¹⁾ cuando llegó un chasque, sin sujetar el caballo, hasta la puerta misma de la Iglesia, donde estaban el Gobernador y los principales revolucionarios.

El capitán Iseas, al frente de las guarniciones de Río V, apoyado por los Saa, venía á marchas forzadas sobre San Luis; y una formidable invasión de indios *chilenos*, sali-


(1) Tarros de fierro llenos de pólvora, unidos á una barra fija en el suelo, que estallaban en series. Eran la base de los fuegos de artificio de la época.

da de la Cordillera por el camino del *Cerro Nevado* y río *Diamante*, pasaba á saco y fuego los arrabales mismos de la ciudad.





XLIX

ORRIMOS á las armas y organizamos la resistencia. El sitio quedó establecido.

Nosotros no sabíamos lo que pasaba en el Gobierno; pero la desmoralización de las tropas era grande.

Los amigos de Lucero, cobraban aliento y nos amenazaban públicamente, sin embozo, con las fuerzas *federales* que convergían de todos lados.

Habíamos esperado inútilmente la sublevación de Mendoza, y la creencia de que estábamos *colgados*, como se decía en todos los fogones, era ya general.

Así sucede, según he visto después en la experiencia de la vida, á los más audaces en todas las revoluciones.

El enemigo se presentó lleno de energía y se peleaba ya en las calles mismas de San Luis.

Estábamos perdidos: pero el Gobierno, ni se entregaba ni fortalecía la resistencia. Todos querían mandar y todos mandaban, anarquizados y recriminándose recíprocamente. La disolución parecía inminente.





L

SAN Luis era un pequeño pueblo de 2600 habitantes, negruzco, triste, abrumador, apenas sombreado por álamos y sauces.

Las casas eran todas de tierra pisada en cajones ó de adobe crudo. La catedral misma era un largo rancho de barro.

Muy pequeña era el área edificada alrededor de la iglesia, y los suburbios se confundían con el Desierto mismo. Las últimas casas, habitadas por gauchos muy pobres, apenas distaban algunos cientos de varas de la plaza.

Nosotros dábamos servicio entre unas ta-

pías situadas al Sur, á cinco cuadras de la Policía: éramos la última avanzada.

Allí pasaba yo largas horas contemplando los astros de Oriente. Recordaba á mi madre y á los desgraciados de la revolución del Sur de 1839, y entonces mis ojos se humedecían pensando que no éramos más felices en este nuevo pronunciamiento intentado á los diez años.

Mi porvenir era desesperante. Cerradas estaban para mí las guaridas del Desierto, pedida mi cabeza en tierras de cristianos. ¿Dónde hallaría refugio y piedad el unitario perseguido?





LI

A LA cuarta noche de guardia avanzada llegó el capitán Gatica y me alejó del fogón, para hablarme reservadamente. Recuerdo todavía sus palabras. Fueron estas:

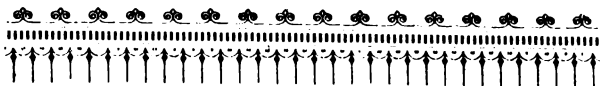
—Ña Dominga (la esposa del Gobernador Lucero), que es mujer de alma varonil, ha debido ser encerrada desde el primer día. Eia mandó cartas iamando las fuerzas de Iseas y de Súa; y ahora mueve intrigas entre los revolucionarios y los ha puesto de punta entre sí. No se entienden. Vengo de una reunión que ha tenido lugar porque D. Andrés Lucero, comandante del regimiento de *Lanceros*, se ha separado de la

revolución. Estaban el Jefe de Policía, Pío Quinto Jofré, el administrador de correos Manuel Márquez, el ayudante Gorgonio Gutiérrez y otros. Estos resolvieron pedir al Gobernador el fusilamiento de los presos y mandaron una Comisión, la cual regresó con una respuesta negativa, y lo que es más, se ponía en libertad al Ministro Herrera.

Los de la reunión se enojaron, y sabiendo que mañana seremos asaltados por las fuerzas de la frontera, Jofré, Romero y otros han resuelto fugar esta noche para Mendoza.

Los hombres del Gobierno y los más comprometidos están prontos también para *mandarse cambiar* ⁽¹⁾ para el lado de la Sierra. Prepará tu caballo para que nos vamos con los nuestros cuanto salgan las *Tres Marías*...

(1) Provincialismo: fugar.



LII

ESA noche la ciudad fué sigilosamente abandonada por casi todos los defensores. Iseas y Súa penetraron al día siguiente, el quinto después del triunfo revolucionario, marchando en medio de la sorpresa y dispersión general, hacia el cuartel donde estaba preso el general Lucero.

El teniente Gabriel Villavicencio, jefe de la guardia que custodiaba al Gobernador, al ver que todo estaba perdido, corrió á la pieza que ocupaba el general Lucero y le descerrajó sobre el pecho dos pistoletazos, sin herirlo. Los vencedores fusilaron á Villavicencio sobre el tambor.

La mayor parte de los revolucionarios perseguidos cayeron en poder del enemigo. Á los ocho meses de prisión eran condenados por el Consejo de Guerra al destierro; pero el infortunado Gobernador Maldes, el coronel Chaves, un hermano suyo y Márquez, fueron fusilados en la plaza de San Luis. Se dijo, y se dice todavía en esta ciudad, que cayeron víctimas de una venganza femenina!





LIII

FUGAMOS tristemente de San Luis, á favor de las tinieblas, cuando nada podíamos hacer ya por la Patria ensangrentada.

Mi deseo era correr directamente al *Pozo del Tala*, pero no conocía los campos, y el capitán Gatica prometió hacerme acompañar con un vaqueano al otro día.

Llegamos al *Lince* de madrugada. Hallamos las *chinas* ⁽¹⁾ y mujeres profundamente consternadas, por la presencia lejana de una grande invasión de indios, que se retiraba hacia la laguna del *Bebedero*.

(1) Indias.

El capitán Gatica mandó ensillar en el acto los caballos y marchó á esconderse en la sierra de *Chalanta*, al Oeste del cerro del *Lince*, mientras yo, con vaqueano, me dirigía á buscar á Panchita, para reunirme con la caravana de derrotados al caer la tarde del mismo día.

Mi vaqueano era el sargento Rufino Orosco, un puntano que había servido en la guerra de la Independencia, veterano astuto, valiente y de una bondad infinita, bajo corteza salvaje.

Nos habíamos conocido en los toldos, y pocas palabras bastaron para que nuestro destino se confundiera en una solidaridad suprema, porque la vida azarosa del Desierto improvisa vínculos heróicos y perdurables.

El sargento Orosco iba triste. Un aire siniestro velaba su semblante percutido y viril. Quise penetrar el misterio de su alma, mientras galopábamos bajo los algarrobos y caldenes, y sus ojos se humedecieron...



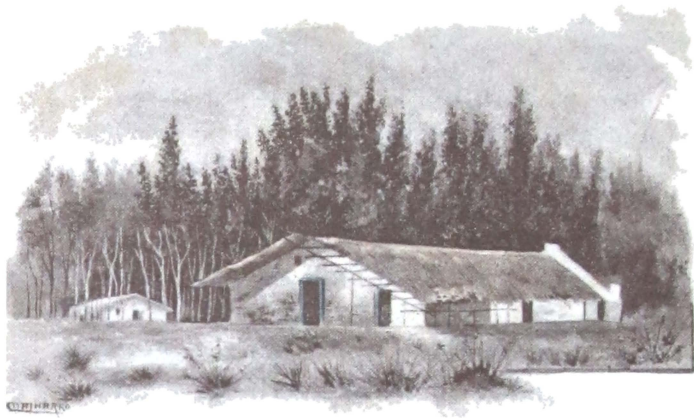
LIV

GUARDÓ silencio un instante, como si evocara el recuerdo de hondos dolores pasados, y luego dijo:

—Yo era del ejército del Perú, cuando en 1820 al marchar pa Güenos Ayres nos sulevamos en la posta de Arequito. El general Bustos nos ievó á Córdoba y io salí de baja, para la sierra de *Cocha*, ónde me establecí con una vacas y cabras que me dió mi tío Gualberto Funes. Io era joven, guapo y venía engreido porque había peliao muy mucho contra los godos. Me enamoré de la mujer más donosa del pago, la Tránsito Cabrera, de diez y ocho años, y me casé con ea en 1830. Ni dos meses habían pasao,

cuando se comenzó á hablar de guerras, levas y barullos de *federales* y *unitarios* que no entendíamos los hombres del Ejército Grande. . . Un día iegó el Comandante Militar con una comisión y me prendieron. Después de atarme, juí apaliao y se mandaron cambiar, ievándose mi mujercita en ancas. Yo quedé baldao, pero sané y gané las sierras de San Luis. Á los dos años supe que mi mujercita había muerto de vergüenza y que me la habían quitaos los *federales*. Entós volví á la sierra de Córdoba, aguaité mucho tiempo al Comandante, y una noche lo maté en la casa de una querida y me presenté al coronel La Madrid, jefe del ejército *unitario*, á quien seguí hasta que nos redotaron en el Rodeo del Medio, cerquita de Mendoza. El general juyó pa Chile con algunos, y otros ganamos los indios. Dende entonces hi salío cada vez que me han convidao á peliar contra las autoridades y mi brazo peleará siempre contra las juerzas *federales*, porque cuanti más sufro, más me acuerdo de la pobrecita Tránsito. . .

El sargento Orosco palideció y lloraba!



LV

AL salir el sol llegamos á la población de Natel. El monte estaba quieto y silencioso. Era raro á la verdad, que como otras veces, no halláramos al paso las vacas mansas y los perros vigilantes.

Pasamos por el corral, sin podernos explicar aquella soledad y nos apeamos en el palenque, en medio de un sosiego misterioso. Gritamos — *¡Ave María!* — y nuestra voz resonó estérilmente. Parecía una población abandonada.

El patio estaba pisoteado por muchos caballos y las puertas de la casa abiertas.

Entramos á la cocina y las cenizas frías revelaban varios días pasados sin que el fuego alumbrara aquel hogar.

El rancho principal distaba pocas varas y nos dirigimos á él. Apenas adentro se escapó de mis labios un grito desgarrador y retrocedí. En un ángulo recostado en la pared, yacía el cadáver de un paisano entre los despojos del asalto y del saqueo.

El sargento Orosco examinó el interior y salió á buscarme, yo estaba afirmado en un horcón, con la cabeza rodeada por los brazos y llorando.

— Han entrao los indios,—dijo el veterano con voz solemne,—y este pobre los ha peliao de lo lindo defendiendo las mujeres. Tiene un facón al lao, y entre los dedos de la mano izquierda un piazo de poiara. Le han pegao diez lanzasos en el cuerpo y un bo-lazo en la cabeza. Vamos á enterrar este cristiano, amigo, que ya está pogrído, no se lo coman los animales.



LVI

Mi desgracia era horrenda. Me veía solo en el mundo, separado de mi madre por una sentencia de muerte y robado el cariño del único ser que en el desierto había salvado mi vida, fortaleciéndome con su amor!

Cavamos la fosa al pie de un algarrobo y depositamos el cuerpo fétido del héroe desconocido de este hogar pampeano. Era un viejo, de más de sesenta años, en cuyo semblante, ya hinchado y cubierto de espu-marajos sanguinolentos, palpitaba todavía una impresión de rabia desesperada. Después de cubrirlo con un cuero, le echamos

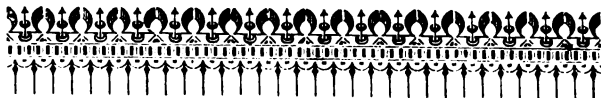
tierra y le pusimos una cruz de dos palitos, atados con cerda de la cola de los caballos.

-- Este es muerto de cinco días á lo menos, dijo el sargento Orosco.



Yo me arrojé convulsivamente en sus brazos pronunciando palabras de dolor.

—Confórmese, amigo, con la voluntad de Dios y muramos por libertar la Patria, me contestó tiernamente el veterano.



LVII

MONTAMOS á caballo silenciosos y nos alejamos al trotcito de aquella sepultura. Yo había galopado con ansiedad infinita en busca de la alegría y del amor, y solamente me recibían el silencio y la muerte.

El sargento Orosco estaba impresionado también. Acaso los dolores de su alma revivían como un eco simpático de los míos.

—¿Qué tal es su cabaio?—me preguntó de improviso. . .

—Muy bueno. Es *Maicá*, uno de los caballos preferidos de PAINÉ.

—Entons, amigo, le propongo un viaje largo. A que himos de dir ónde Gatica. Él

se vuelve á los toldos y ay lo han de matar á usted por haberse resertao con la Panchita. Ió no quero tampoco vivir más tiempo entre los infieles. Vámonos, compañero, á Chile, ónde ay de estar el general Madrid y con él volvamos á peliar en los ejércitos regulares. . .

Las palabras del sargento Orosco iluminaron los horizontes de mi vida. Decían en San Luis que la invasión reciente era *chilena*. Una vez en esta república, yo recorrería las tribus de monte en monte y de sierra en sierra y libertaría otra vez á mi cautiva!

— Sí! Es nuestra salvación, le dije, ¿pero qué comeremos? Yo no tengo armas! . . .

— Comeremos, repuso el sargento, — lo que Dios quiera, que nunca falta en los campos. . .

Detuvo su caballo, aflojó la cincha y sacó de entre las caronas un sable.

— Velay un arma pa usted, me dijo; á mí me suebra con la lanza y este trabuco. . .

Nos pusimos en marcha al Oeste, inclinandonos para pasar al Sur del *Cerro Varela*.

El sargento Orosco conocía los campos y las sierras como la palma de su mano.



LVIII

NUESTRA retirada fué sombría! Marchábamos de noche, guiados por las estrellas, y dormíamos de día, consultando la mayor seguridad y la alimentación eficaz de los caballos, que eran para nosotros la vida misma.

Boleábamos avestruces y gamas, para comer, y á veces se agregaba á sus asados algún *piche* sorprendido en la arena.

El sargento Orosco, tenía yesquero y no nos faltó el fuego bienhechor!

El país recorrido era arenoso, salino, cubierto de una capa de guijarros, la cual alimentaba escasamente los árboles achaparrados de la región enjuta.

Conservaba las huellas de los derrames australes de la olla pampeana del *Bebedero*, y lo cruzábamos, á pesar de sus dificultades, buscando la confluencia de los ríos *Chadi*



Leuvú y *Diamante*, para oblicuar de allí al sudoeste é internarnos en la provincia de Mendoza, á las barbas de las guarniciones de *San Rafael* y de *San Carlos*, acantonamientos avanzados de las tropas de Rosas.

Si evitábamos este peligro con propicia fortuna, buscaríamos asilo al pie de los Andes, en algún hogar pobre y piadoso, hasta que las nieves derretidas nos abrieran el camino de Chile.





LIX

EN cuatro días llegamos al Diamante, marchando sin apuro, y pasado el *Chadí Leuvú*, costeamos el primer río por el Norte durante una noche, acampando de madrugada entre unos matorrales.

El sargento Oroasco no podía dormir á pesar de la fatigosa marcha nocturna á través de un terreno pesado y escabroso.

Algún presentimiento inquietaba al zorro del Desierto, y una hora después de la salida del sol, descubría el síntoma alarmante. Hacia el Norte y no lejos cubría el espacio una densa columna de polvo. Un cuarto de hora después, se alzó otra á la derecha de la primera.



—¿Qué será?
—le dije.

— Estamos mal, hijito, contestó. Esas son juerzas veteranas, que levantan el vuelo. Han salío dejuro á perseguir la invasión y no van á tardar en iegar pu aquí. Vamos á escondernos á la travesía del río Atuel ⁽¹⁾ que corre quince leguas pa abajo.

Y partimos al trote hacia el Sur, dejando á la derecha los An-

des nevados y á la izquierda las brumosas arboledas de la comarca misteriosa del *Chadí Leuvú*.

(1) *Atuel*, Lamentaciones, río de las



LX

MARCHAMOS todo el día sin alcanzar al término de aquellas quince leguas!

Habíamos caminado toda la noche anterior, y la fatiga, el frío, el sueño y la lentitud que nos imponían la naturaleza del suelo y el matorral interminable, parecían aumentar de una manera enorme la distancia recorrida.

Las leguas del sargento Orosco me recordaban un episodio acaecido al capitán Olegario Malbrán en los primeros tiempos de su permanencia entre los ranqueles.

Cierto día, deseoso de visitar á Pichun en sus toldos de *Poitahué*, partió del campo

cristiano de *Trenel*, con un vaqueano indígena que estropeaba la castilla.

Apenas internado en el monte el capitán preguntó á su guía:

—¿Qué distancia hay á los toldos de Pichun?... .

—Quen shafe una legua... . Quen shafe legua y media,—replicó el salvaje.

Galoparon desde la mañana hasta la noche y la legua no terminaba. El indio decía de cuando en cuando:

—Quen shafe puquito sherca... .

Pasada la media noche *torearon* ⁽¹⁾ los perros de Pichun, y el capitán popularizó entre los cristianos de *Tierra Adentro*, el dicho de la «Legua Pampa», que es para los araucanos, la jornada que ellos hacen dentro de las veinticuatro horas.

Pero nosotros llegamos al fin con el sol alto todavía.

El terreno ondulaba con mayor amplitud á medida que nos acercábamos al río, y la corriente de éste era revelada desde lejos por la vegetación de sus orillas, más fresca,

(1) Ladrar, de uso común en la campaña argentina.

verde y desarrollada que la del campo atravesado.

El sargento Orosco conocía bien el curso del *Atuel* y lo descendimos dos leguas en busca del *Rincón de los Huemules*. ⁽¹⁾

Era éste un hermoso oasis de pastos tiernos y sonrientes, fertilizado por las avenidas andinas. Allí, bajo los altos algarrobos, hicimos campamento.

(1) *Huemul*, un raro ciervo de la Cordillera.





LXI

Mi sueño fué agitado, y apenas lo conseguí cuando las Tres Marías se hallaban en la mitad de su carrera. Esta inquietud era además de una naturaleza sorprendente para mí mismo.

El recuerdo de los indios, el delirio con los tigres, que en otras noches de angustia excitaban mi imaginación, estaban absolutamente borrados de ella.

La oscuridad de la enramada, causaba ahora mi pesadilla. Alargaba el pescuezo para fijar en las sombras los ojos desmesuradamente abiertos, y percibía con claridad aterradora el cadáver hinchado del viejo de San Luis, ensangrentado, heróico, blandiendo su cuchillo y con la expresión

de una agonía iracunda en el semblante. Agitaba los labios, como si lanzara gritos de dolor á cada golpe recibido y caminaba vacilante hacia nosotros.

Me arrojé sobre el recado y oculté la cabeza entre el poncho con los dedos crispados, sufriendo espasmos epilépticos. Así permanecí algún tiempo. Frío sudor humedecía mi frente, y la sangre, como mezclada con polvos de vidrio ó puntas de agujas, me producía una comezón desesperante.

De improviso me estremecí. Estaba seguro de que habían tirado mi poncho hacia los pies y permanecí inmóvil ahogando la respiración misma.

Creía percibir cerca los pasos del muerto y veía de nuevo su brazo levantado, resuelto á herirme, mientras su cara sangrienta se contraía con una expresión de diabólica ferocidad.

Me incorporé súbitamente con el corazón oprimido y con la voz ahogada, bajo la presión de una ansia infinita. La pesadilla había pasado! Era de día! El sargento Orosco, de pie, se desperezaba á mi lado, arrojando de su boca la nubecilla del aliento.



LXII

No hay que apurarse agora, me dijo, hagamos juego...

El fogón, abundantemente alimentado, chisporroteó en seguida. El veterano, sentado en cuclillas lo atizaba. Extendía los brazos situando las palmas de las manos arriba de la llama y las retiraba poco después, frotándose las fuertemente, para colocarlas de nuevo sobre el fuego, Respiraba con fuerza al mismo tiempo y exclamaba:

—Chuy!... Qué friyo!... Es el tiempo de hacer *aaahh!*...

Y habría tamaña boca, complaciéndose en exhalar su respiración blanquecina con impulsos sucesivos y acompasados, como

los chorros de vapor de una pequeña caldera.

Después retiraba una de las manos del calor de la llama, inclinaba su cuerpo á derecha é izquierda para acomodar tizones y



avivar la hoguera y volvía á quedar inmóvil, apoyados los codos en las rígidas rodillas, con los brazos estirados y los dedos abiertos, para que se dividiera entre ellos el humo.

Esta muda y deliciosa contemplación del fuego se prolongó insensiblemente. Yo, que estudiaba al camarada, rompí el silencio.

—¿En qué piensa, le dije, con la frente arrugada, mi sargento?

—Quién me diera agora el mate amargo de la Patria, hijito! contestó melancólicamente y continuó inmóvil.

Yo, á falta de mate, traía atados á los tientos del recado unos alones de avestruz. Los pelé y tendí sobre un lecho de brasas de algarrobo, ensartados en un palito á guisa de asador. El chisporroteo, arrancó al sargento de su letargo.

—Vamos á ensillar, exclamó, mientras se chamusca el *chara*.





LXIII

DE ello nos ocupábamos, cuando los dos volvimos la cabeza á un mismo tiempo é instintivamente, creyendo haber sentido un rumor extraño.

Quedamos estupefactos! A diez varas de nosotros, en la orilla de la isleta de algarrobos, estaba parado con impávida serenidad un jinete araucano.

Era un indio macizo, hercúleo, de ancha cara cobriza y de estatura arrogante, con abundante cabello ceñido por una *huincha* de seda punzó y forrado más que vestido con pieles de zorro, la lana hacia adentro. Con rienda suelta sobre la cruz del caballo, ladeado el cuerpo que descansaba en el es-

tribu del lado del lazo, clavada en el suelo la larga lanza de *colihue* rematado en vieja bayoneta, y reclinado sobre ésta su hermosa y opulenta cabeza, nos miraba curiosa y serenamente, como el camarada de viaje que espera á los amigos ocupados de ensillar.

Nuestros ponchos y vestidos de tipo indígena le inspiraban confianza, sin duda, y apenas nos encaramos, exclamó:

Mari-mari, peñi... Cheu mapú eimi...
(Buenos días, hermanos... ¿De qué tierra son ustedes?..)

—*Haincá epu... Ranquel Mapú...*
(Somos cristianos los dos, de la tierra de los ranqueles) contestó el sargento Orosco, que empezaba á hablar la lengua de los indios.

Al pronunciar la palabra *¡Huincá!* (cristianos) el indio se alzó, como el héroe que se apercibe denodadamente de un peligro inopinado, y blandió la flexible lanza.

El veterano comprendió la situación; y sin vacilar, desarmado como estaba, se adelantó á pie hasta el indio, le tendió la mano, y luego palmeó el pescuezo de su caballo, preguntándole:

—*Chu che eimi...* (¿De qué gente es usted?)

Inché gulmen muluche twa pehuenche mapú (Yo soy el cacique de los muluches, del País ó de la Nación de los *pehuenches*.)





LXIV

EL diálogo se trabó y supimos que el indio campeaba un caballo que se le había disparado en la noche.

Le dijimos que formábamos parte de una invasión llevada sobre San Luis, desde *Leuvucó* y que al derrotarnos los cristianos nos habían cortado la retirada, obligándonos á huir hacia el *Diamante*, donde otras fuerzas nos corrieron en dirección al Atuel.

El indio se confiaba y parecía creernos. Por nuestra parte aparentábamos una tranquilidad absoluta y lo invitamos á *churrasquear*. ⁽¹⁾

(1) Comer la carne churruscada á prisa sobre las brasas.

El indio se apeó resueltamente y sacó de las alforjas de su recado un naco de tabaco del Paraguay, extendiéndoselo generosamente al sargento Orosco! . . .

Este, que no fumaba desde la salida de San Luis, se puso hecho unas pascuas. El indio le preguntó señalándome:

— ¿Quién es este mozo?

— El *Escribano* del Gran Cacique PAINÉ. . .

El indio me miró con asombro, con reverencia, con alegría y me abrazó diciendo siempre en araucano.

— Cuento con un amigo. Soy indio *guapo*, pero amigo de los cristianos. . . Mi padre fué amigo del general Aldao y mi hermano estuvo en la escuela de Mendoza. . .





LXV

CUANDO NO quedaban sino los huesos roídos de los alones, el indio sacó del seno un pañuelo de algodón inglés, al fin de cuyos dobleces apareció un oficio del Gobernador de Mendoza y varios impresos dirigidos á los Gobernadores de las Provincias de Cuyo.



Me lo dió diciendo que sus indios habían quitado esto á un chasque mandado de Men-

doza para Buenos Aires. Me invitó á que tradujera el oficio al araucano. El indio fingía ignorar su contenido y era un lazo con que nos exploraba.

Yo lo vertí sin vacilar á la lengua del Desierto y al terminar, el bárbaro contento, me dió un golpe en el hombro con la pesada mano abierta, estropeando una galantería en los idiomas de los dos:

-- *Ese huincá lindu!*... (Ese cristiano lindo!)

El curioso documento era éste:

« ¡VIVA LA CONFEDERACIÓN ARGENTINA!
¡MUERAN LOS SALVAJES UNITARIOS!

Mendoza, Junio 13 de 1847. Año
33 de la Libertad, 32 de la Independencia y 18 de la Confederación Argentina.

Al Excmo. Señor Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno de Buenos Aires, Encargado de las que corresponden á la Confederación Argentina, Dr. D. Felipe Arana.

El infrascrito tiene el honor de dirigirse á V. E. con objeto de anunciarle, que por el

correo de Chile último, han llegado los impresos que adjunta, dirigidos por el Salvaje Unitario Sarmiento á los Gobiernos de la Confederación que expresan sus sobres. El infrascrito después de haberse informado de su contenido, por el que para él venía destinado, ha considerado de su deber poner en conocimiento de ese Excmo. Gobierno General este nuevo atentado del renegado Unitario Sarmiento sobre la fidelidad incontrastable de los Gobiernos de la Confederación hacia su ilustre Jefe el Excmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Encargado de los negocios de Paz y Guerra de la Confederación Argentina Brigadier General D. Juan Manuel de Rosas, para que ese Excmo. Gobierno resuelva lo que considere oportuno acerca de este libelo incendiario de los Salvajes Unitarios asilados en Chile.

El infrascrito se honra de ofrecer á V. E. las consideraciones de su alta estimación.

Dios guarde á V. E. muchos años.

ALEJO MALLEA. »

Me preguntó el indio si Sarmiento y Mallea eran *gobiernos* ó generales, y le contesté

que no los había oído nombrar jamás. Envolvió entonces sus papeles y los guardó en el seno.

¡Quién me hubiera dicho en ese momento, que diecinueve años más tarde, justamente en 1867, debía yo recorrer las calles de Buenos Aires, gritando: *¡Viva el futuro Presidente de la República, DR. D. DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO!*





LXVI

HABÍA tabaco y el sargento Orosco estaba muy ladino. El cacique era además curioso y expansivo, de manera que en media hora de charla, sentados con las piernas cruzadas alrededor del fogón, nos habíamos explicado recíprocamente toda la vida azarosa, sin más incidente notable que la honda impresión de pena que causó al bárbaro la noticia del fallecimiento inesperado de Painé.

— *Vutá PAINÉGUÓR!* . . . (¡El Gran Zorro Celeste!) exclamó, y mirando un instante al Sol parecía orar por el muerto.

Una cosa ocultamos en medio de la franqueza general: nuestro propósito de abando-

nar la vida salvaje, refugiándonos en Chile.

La desconfianza del indio es finísima. Su hospitalidad generosa suele llegar hasta la abnegación del árabe, que muere en defensa de su huésped; pero la infidelidad, por leve que sea, una vaga intención imprudentemente revelada, subleva sus ódios de raza y estallan las venganzas implacables.





LXVII

El cacique era más locuaz con el veterano. Yo hablaba poco y él me observaba de soslayo con profunda sagacidad. El indio abrigaba alguna duda y quería confirmar las sospechas en la expresión de mi fisonomía; pero solamente pudo notar en ella un aire de intensa y sincera pesadumbre.

— Este cristiano ha dejado su *china* y está triste, dijo el profundo filósofo del Desierto, palmeando mi espalda.

Había leído en los ojos, que no me preocupaban traiciones, sino torturas del alma. Yo me sonreí tristemente, pensando que este bárbaro generoso y amable, había disipado las últimas ilusiones de mi vida, cruzándose en el camino de mi esperanza!

Recordaba los años de soledades y de tris-

tezas que estaba destinado á pasar, agregado á los toldos *pehuenches*, hasta que Dios se sirviera redimirme, si la muerte no me sorprendía en el seno de las montañas salvajes!

Pero á la vez otro rayo de luz brillaba en el horizonte de mi destino. El cacique parecía bueno, compasivo y noble. Se había impuesto simpáticamente á nuestros corazones en un instante. ¿Por qué no había de ganar su amistad sirviéndolo fielmente? Y una vez dueño de ella podría confiarle mis penas, implorando su ayuda!

Me limité á contestar al cacique:

— Estoy triste, porque ignoro la suerte que me tocará entre los *Pehuenches*, después de la muerte de mi protector el Gran PAINÉ. . .

— Yo, interrumpió el indio, seré su amigo. Usted vivirá en mis toldos con su camarada. Yo tengo *noques* ⁽¹⁾ llenos de trigo y de maíz. Tengo *pulcú* ⁽²⁾ para dos años. Tengo pilas de zapallos y se bolear gamas y avestruces. Todo lo divido con mis amigos y parientes. Vámonos á donde está mi gente. . .

(1) Costales de cueros de vaca ó de potro. . .

(2) *Pulcú*, bebida de frutas silvestres fermentadas.

Y sin esperar la demostración de gratitud que inspiraba su cariño, saltó á caballo, arrancó á la carrera dando alaridos estridentes y hacía prodigios de esgrima con la lanza... El salvaje estaba encantado con nosotros...

— Confórmese amigo y no dé á sospechar nada, me dijo el sargento Orosco, mire que esta es desgracia con suerte.





LXVIII

UNA legua río abajo hallamos el pequeño campamento del Cacique, cuyo nombre era Pagintú, del linaje del sol y de la familia de los leones. (*Pagi*, leon; *antú*, del sol). Veinte guerreros, sin familias, lo esperaban echados de barriga ó de pie, afirmados sobre sus caballos. Sus lanzas adornadas de penachos de cerda y de plumas de avestruz, estaban clavadas en el suelo.

Al vernos, montaron, y Pagintú les gritó de lejos que saludaran con entusiasmo á los amigos cristianos que venían del *Ranquel Mapú* (del País ó Territorio de los Ranqueles) y los bárbaros se dispersaron vertiginosamente, como la bandada de jilgueros de un rastrojo. Corrían alrededor nuestro á

la furia de los caballos, haciendo molinetes de lanza, echándose sobre los flancos unas veces, irguiéndose ferozmente las otras y dando siempre alaridos espeluznantes.

A la tercera vuelta se desbandaron de nuevo y fueron á formar á cien pasos á retaguardia para seguir la marcha. Poco después, sus caballos que al principio parecían lebreles excitados por la caza, marchaban al tranco con la cachaza de los rocines resabiados.

Dos leguas más abajo vadeamos el *Atuel*, de hermoso aspecto y de clarísimas aguas, festoneadas de sauces, algarrobos, chañares y jarillas.

Desde allí partía un haz de sendas culebreando en torno de los arbustos espinosos y las siguió el cacique. La marcha llevaba rumbo general al sudoeste; pero íbamos dando vueltas, como navegantes de río y á menudo torcíamos al Norte, para esquivar los obstáculos del camino, cuando el rumbo era al Sur.

La jornada debía terminar en un arroyo llamado *Chacay*, que desciende de la Cordillera de los Andes hacia la cuenca del *Atuel*.



LXIX

HABÍAMOS dejado á la espalda el sistema de sierras que domina el *Pico del Nevado*, al Este de la precordillera andina.

El país se elevaba. Marchábamos perpendicularmente al eje de los Andes y desde que partimos de la costa del *Atuel*, la vegetación degeneraba en una pobreza desoladora.

Las espinas ocupaban el lugar de las flores y los tallos ásperos y duros sucedían á las ramas flexibles y resinosas.

El suelo, formado por mantos de escombros andinos, era una blanda masa de guijarros y de arenas, salpicado de vegetación amarillenta.

Las ondulaciones aumentaban determinando accidentes topográficos del mayor interés, para el caminante que sale de la pampa uniforme y monótona.

Uno de los más curiosos que vimos fué el lecho de un río profundo y amurallado, en cuyas barrancas habían señalado las viejas avenidas la línea salitrosa de su nivel.

Pero el cauce estaba ahora enjuto, rellenándose de derrumbes, y con escasísimas lagunas de salmuera de trecho en trecho. Por una tradición de más de cien años sabían los indios que este cauce permaneció sin agua y les oí decir que había otros ríos agotados en la misma región de *Cerro Nevado*.

La *legua pampa* de este día era ya larga y se hacía insoportable el trote en zig-zag, á través de piedras y de espinas; pero á la tarde penetramos á una sierra elevada y descendimos á un valle precioso. Los indios le llaman *Chacay Mallin*. ⁽¹⁾

(1) *Chacay*, amarillo; *Mallin*, el valle, la vega.



LXX

RAGINTÚ había salido á *las boleadas*, desde sus toldos, situados al pie de los Andes, sobre las aguas cristalinas del río *Malalhué*. (1)

Durante quince días de corrida de avestruces ninguno de los accidentes comunes y casi necesarios en estas peligrosas aventuras acació á los suyos. Ni una rodada quedando el jinete apretado bajo su propio caballo! No había boleadores con piernas



(1) *Malal*, corral; *hué*, nuevo.

quebradas ó con brazos dislocados. Á excepción de algunos pares de bolas perdidas entre la maleza, la suerte fué completa y la caza abundantísima.

Cada indio llevaba á los *tientos* ⁽¹⁾ vistosos atados de pluma, muchos de ellos del codiciado avestruz blanco, especialmente recomendado por los comerciantes chilenos; y alrededor del pescuezo de los caballos, adornando sus pechos, como pretales, colgaban los gordos alones de avestruz, el plato nacional y favorito de las tribus en campaña.

El sentimiento religioso de los bárbaros se exalta cuando terminan con tanta fortuna las campañas guerreras ó las arrogantes cacerías.

El cacique vencedor, sin sacrificios ni dolores para los suyos, es el protegido del *Huenu Pillaiñ*, el Dios de Arriba, y su prestigio crece con el número de soldados que llegan, atraídos por la fama, desde tierras lejanas, á buscar el amparo del mimado de la Divinidad.

(1) Tiras finas de cuero que se sujetan adelante y atrás de la albarda, para atar lazos, ponchos, chilles y otros objetos.

Pagintú era de los bienaventurados y el entusiasmo y la alegría de su alma palpitaban en todas sus acciones, de una manera candorosa.

El campamento se hizo bajo los sauces llorones del río. Los indios estaban contentos, llenos de *pulcú* los chifles y ardían los tizones rociados con la grasa destilada por la carne fresca del ñandú. ⁽¹⁾ Todo auguraba una noche reparadora y una cena bulliciosa al resplandor del vivac.

(1) Es una voz de origen *guaraní* popularizada en la República Argentina, para designar el avestruz.





LXXI

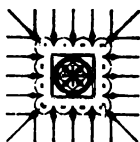
PACINTÚ, el sargento Orosco y yo rodeábamos un fogón, calentándonos al lado de las llamas. El frío era intensísimo, el más penetrante que yo había sentido en mi vida. Los indios aseguraban, sin embargo, que era benigno, y que cualquier día, el menos pensado, las nieves cubrirían el suelo.

Pagintú extendió el brazo derecho hacia el Norte y señalando las colinas cercanas, envueltas entre la húmeda bruma de la noche, dijo que en ellas estaban enterrados muchos grandes señores cristianos, muertos por los *picunches*.

Le rogué que nos refiriera la historia de

esta matanza, y Pagintú, fortificando su garganta con medio chifle de chicha, tomó la palabra y habló de esta manera:

« Les voy á contar el caso de más triste memoria para mi familia, porque fué una traición contra mi padre, el guerrero memorable y amigo generoso de estas tierras.





LXXII

SIENDO yo muy joven, mi padre el cacique Raihué, ⁽¹⁾ de mucha nombradía entre las tribus y cristianos de ambos lados de la cordillera, vino á establecerse como propietario en *Chacay Malliñ*.

« Conocedor de sus hazañas y poderío, el general José Aldao, de Mendoza, mandó una comisión de Jefes del fuerte *San Carlos* la cual debía visitar y ofrecer á mi padre una espada y copiosos regalos de telas y de vicios.

« El Gran Cacique tenía dos esposas. La

(1) *Raihué*: Flor nueva.

mayor ó preferida le dió dos hijos. Yo y mi hermano *Pagi Lighen*. ⁽¹⁾ En la segunda mujer no tuvo familia. Esta se llamaba *Uthrugllang* ⁽²⁾ y mi madre *Güeneigpan* ⁽³⁾ cuyo nombre llevamos. Mi hermano menor que había visto florecer quince veces los árboles, era muy conversador y todos le daban el apodo de *Caniú* ⁽⁴⁾ A esa edad lo pidió el Gobierno para educarlo en una escuela de Mendoza. El muchacho marchó y allí lo trataron como á los de la propia familia, de suerte que *Caniú* no quería salir del lado de su padrino el general Aldao.

« La paz que reinó durante tres años entre indios y cristianos, fué sincera y propicia. De aquí á Mendoza se hizo un camino á á causa de tantos arrees que iban y venían manteniendo el comercio de nuestras necesidades. Las tribus pagaban con vacas, yeguas, ovejas y frutas de los campos, porque eran muy ricas. Muchos cristianos vivían entre ellas, con la mayor seguridad, como agentes comerciales.

(1) *Pagi*, Leon. *Lighen* de Plata.

(2) Esmeralda perdida.

(3) El leon manda.

(4) El Papagallo.

« Apareció por entonces entre los *Pehuenches* un grupo de cristianos desertores de los ejércitos, mandados por un tal Pablo Pincheira, los cuales saqueaban fuertemente los campos de Chile y de la República Argentina.

« Perseguido siempre este mal hombre por fuerzas afortunadas, se hallaba pobre y sin esperanzas de botín en las fronteras y resolvió robar las riquezas de mi padre.

« Trabajó con paciencia entre los indios del *Neuquen* y *Macú Leuvú* ⁽¹⁾ hasta que comprometió una fuerte parcialidad, ávida de repartirse el fruto de la traición.

(1) *Neuquen*, correntoso. *Macú*, agrio; *Leuvú* río.





LXXIII

RINCHEIRA, sedujo además, á varios caciques menores de la gente de mi padre, despertándoles ambiciones feroces.

« Vosotros estais viendo, — les mandó decir, — que los barriles de aguardiente, las petacas de toda clase de ropa, de lindos estribos y espuelas de plata, los chapeados y por fin todas las riquezas, se sepultan en el toldo de Raihué y no os entrega lo que es vuestro. Por otra parte, ¿quién es Raihué? Un cacique orgulloso, que separándose del Gobierno de Neculmaiñ ⁽¹⁾ quiso ser tan grande como él y se vino á *Chacay*. Raihué no ha hecho más que aprovecharse de vos-

(1) El cóndor, *Maiñque*, *Necul*, volador, rápido.

otros. Os toca reconquistar sus riquezas, quitándoselas con la vida, si es necesario. Yo os aseguro que Neculmaiñ volverá á recibirlos en sus filas, porque me lo ha dicho, y podréis dividir con él las vacas, las manadas y las ovejas de Raihué.

« Este mensaje fué traído á nuestros toldos por el capitán Zúñiga, un chileno astuto y famoso lenguaraz de la confianza de Pincheira.

« El alma de la intriga era el cacique Neculmaiñ. Soberano de los *Pehuenches*, celoso de mi padre, ocultaba, sin embargo, su participación en el crimen, echando astutamente toda la responsabilidad á Pincheira, temeroso de un desastre.

« Mi padre vivía confiado en su valor y en la paz general, que con tanta fortuna reinaba, sin sospechar la infame trama que urdían indios y cristianos. »





LXXIV

DIECIOCHO veces se han derretido las nieves de la Gran Montaña desde la época en que esto sucedía (1830) en *Chacay*, al mismo tiempo que estallaba en Mendoza una revolución que derrocó al Gobierno. (1)

«El Gobernador Corvalán huyó acompañado del general José Aldao á un lugar sobre el río *Tunuyan*, y desde allí fué despachado *Caniú* para pedir la protección de mi padre. Mi hermano, que era como de la familia del general Aldao, sintió mucho la

(1) Aldao abandonó á Mendoza en 1830 á causa de la derrota de Oncativo, en la cual cayó prisionero el general Fray José Félix Aldao.

revolución y se apresuró á marchar, resuelto á rogar á los suyos que pelesen en favor de sus protectores.

« Una tarde llegó á aquellas lomas, y al tender su mirada sobre *Chacay Malliñ*, vió grandes polvaredas que se alejaban hacia el sudoeste.

« Descendió alarmado en medio de la soledad de los toldos donde ahullaban tristemente los perros y corrió hasta el de nuestro padre. Allí contempló con horror el cadáver del valiente cacique, lanceado esa mañana.

« El toldo había sido saqueado, y las petacas acuchilladas, estaban esparcidas en todas direcciones. Ni una persona viva halló entre los despojos sangrientos del campamento: no habían quedado sino los perros y las gallinas.

« Se alejó llorando á la sierra, con dos indios que lo acompañaban desde *Tunuyan*⁽¹⁾ y al día siguiente fué descubierto en el lugar llamado *Cochí-có*⁽²⁾ por un grupo de guerreros, fieles á mi padre y vencidos en el

(1) *Tunuyan*, país peligroso por los temblores.

(2) Agua dulce.

asalto desleal. Ellos le refirieron la traición de Neculmaiñ y de Pincheira.

« A la tarde regresaron al toldo funeral, para sepultar el cadáver del mártir y los de nueve caciques y soldados que murieron con fidelidad á su lado.

« Mi afligida madre y yo fuimos llevados prisioneros al *Cerro Nevado* por una partida, que nos abandonó al borde del arroyo, con algunos indios y chinas, que no quisieron separarse de nosotros en esas horas de suprema desventura.

« Sabedor Neculmaiñ de este exceso de crueldad de los suyos, ordenó solícitamente que se nos condujera con todo cuidado á sus toldos, situados sobre el río de *Thrapa-Thrapa*. Nos recibió prodigándonos honores y regalos, porque fingía deplorar y perseguir el crimen. Nos dijo que en adelante seríamos como de su propia familia. Mi madre, que no sospechaba tanta perfidia, aceptó esta opulenta hospitalidad.



LXXV

MIENTRAS tanto, el Gobernador de Mendoza, sus Ministros y otros grandes señores, huyeron del *Tunuyan*, perseguidos por las fuerzas de la revolución vencedora, y como no podían esperar sino favores de mi padre, tomaron el camino del sur, deteniéndose sobre el arroyo *Aguanda*.

«Allí supo el Gobernador la tragedia de *Chacay Malliñ* y en el acto despachó comisionados á pedir protección al cacique *Nerculmaiñ* y á *Pincheira* mismo.

«Los indios de esta tierra han sido siempre *unitarios* y estaban de acuerdo con la revolución. Mi padre era también *unitario* y, si sostenía tratados con el Gobierno de

Mendoza, era dando tiempo á que mi hermano supiera leer y escribir bien las cartas, para traerlo y nombrarlo Secretario General de la tribu.

« El Gobernador derrocado D. Juan Corvalán, el general D. José Aldao, D. José Nirlanda, D. Matías Godoy, D. Pedro Molina y varias otras personas hasta completar treinta, llegaron á *Chacay Malliñ*, acampando á la sombra de estos mismos árboles, donde debía incorporárseles la indiada con que Neculmaiñ y Pincheira, prometían concurrir á reconquistar la capital de Mendoza. »





LXXVI

AL día siguiente de su llegada grandes polvaredas oscurecían el horizonte del Sur, anunciando la marcha cercana de los escuadrones de guerreros, y un chasque hizo saber al general fugitivo, que Pincheira venía á ponerse á sus órdenes.

« Los indios se detuvieron al pie de aquellos cerros, á la derecha del camino. Después de muchas evoluciones de guerra con las cuales demuestran sus alegrías fervientes, formaron un gran cuadro de filas sencillas.

« Pincheira hizo otro chasque al Gobernador rogándole que se presentara á recibirse de la gente y á ordenar lo que gustase para las operaciones ulteriores.

« El mensajero fué obsequiado y el Gobernador, creyendo segura la rendición de Mendoza, al embestirla con tan briosos elementos, hizo alarde de honda alegría y mandó tomar caballos apresuradamente.

« Mal ensillado aun el suyo y cuando la mayor parte de sus compañeros apenas habían enfrenado, se azotó al arroyo y partió al galope de las opuestas barrancas, seguido de pocos, camino del campamento de Pincheira.

« Este puñado de cristianos entró al cuadro donde los recibió arrogantemente el famoso bandolero, seguido de un estado mayor de malévolos cristianos y cambiaron saludos y aclamaciones entusiastas.

« La indiada vociferaba! Pincheira invitó al general Aldao y al Gobernador Corvalán á acercarse á un ángulo del cuadro, para revistar las tropas, correspondiendo así al contento bullicioso que ellas revelaban. Llegados al ángulo Pincheira dijo:

« — Comience á contar la gente desde aquí, señor Gobernador. . .

« Y el Gobernador y Aldao, desnudaron las espadas, dieron un viva á los indios, y empezaron la cuenta.

« En ese momento las filas del cuadro oscilaban, como movidas por una misteriosa señal, y se cerraron sobre el grupo de cristianos. Un recio temblor de caballos lanzados á la carrera hacía estremecer el suelo y los alaridos horrendos infundían pavor. »





LXXVII

CUANDO se despejó la nube de polvo levantada entre el tropel de los jinetes y se deshizo el nudo en que se estrechaban furiosos unos con otros los escuadrones indígenas acudió *Caniú* al sitio del tumulto y quedó aterrado.

« Un nuevo reguero de sangre hacía correr la infame traición de Neculmaiñ y de Pincheira. Aldao y Corvalán, con su séquito, estaban muertos, con los cuerpos acribillados de heridas y pisoteados por los caballos.

« Así, en diez días aquellos bárbaros habían asesinado miserablemente á mi padre y al bienhechor de mi hermano.

«Sentimientos amargos agitaban las almas de los nuestros y algunos propusieron á *Caniú* hacerse matar al frente de los lanceros que les eran fieles: pero él, más capaz, como enseñado por cristianos, exigió silencio y que dejaran correr las lágrimas. Sofocaron todos las primeras impresiones y juraron acechar un momento feliz para vengar á nuestro padre y al amigo de mi hermano. ⁽¹⁾

(1) De esta traición salvaron los señores Pedro Molina, Andrés Godoy y otros notables, que habían acompañado á Corvalán y los cuales no se hallaron en el lugar de la matanza, por haberse demorado á tomar caballos.





LXXVIII

TRES veces habían abandonado las cumbres los ágiles guanacos, buscando asilo en los matorrales del valle cuando llegó para nosotros el ansiado día de la justicia. Neculmañ, dominado por Pincheira, había abusado de tal suerte de su poder, que tenía cansado á su pueblo; y mi madre y nosotros sufríamos en silencio la hospitalidad oprobiosa que nós brindara mientras maduraba la venganza.

«Mi hermano era el alma de los descontentos y la propaganda revolucionaria cundía en la tribu sigilosamente. Todos sospechaban que iba á encenderse un fuego terrible, como el que sale tronando de las

sierras por las cumbres más altas. Solamente Neculmañ lo ignoraba. La causa popular no tenía enemigos y no hubo delatores.

«Neculmañ acordó siempre su preferencia á un cacique extranjero, un valdiviano, emigrado de Chile, llamado *Vutapuúdu* ⁽¹⁾ el cual, al frente de una parcialidad de cincuenta indios también chilenos, de la tierra *Voroguna*, daba la guardia al toldo del Señor. Era necesario pelear esta guardia y mi hermano debía asaltarla al frente de los conspiradores.

«Reunidas las indiadas, después del derretimiento de las nieves, para celebrar las fiestas de entrada de Verano (*Pungualuonque*) *Caniú* y yo, con cien guerreros elegidos, acometimos de improviso al cacique que rodeado de su guardia y lujosamente vestido, presidía los sacrificios sagrados.

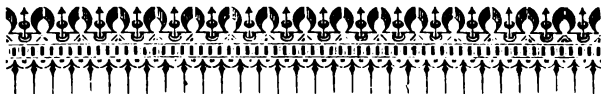
«La lucha fué sangrienta y estuvo indecisa mucho tiempo, porque los chilenos peleaban como el *puma* acosado. Vencimos al fin y en el campo quedó acribillado Neculmañ, y muerto también á su lado el valeroso *Caniú*.

(1) *Vutá*, grande; *Puúdu*, liebre.

«La tribu me aclamó Jefe y yo mudé el asiento del Gobierno á las vegas que fecundan las aguas del *Malalhué*, á donde llegaremos mañana. Si la nieve lo permite.

«Desde entonces gobierno en paz... Mi tribu aumenta en población y su fama gloriosa se extiende entre todas las naciones del Desierto. Mis indios son ricos. En mi pueblo solamente yo soy pobre y he probado que no he subido al poder para saciar mis apetitos sino para servir á la justicia, honrando la memoria de mi padre y de *Caniú*».





LXXIX

EL indio guardó silencio. En su semblante taciturno y descompuesto palpitaba una expresión siniestra. El soplo de los recuerdos sublevaba las tempestades de su alma.

Púsose de pie violentamente y caminó hacia el arroyo, pidiéndonos que lo siguiéramos. Se detuvo á diez metros del agua, sobre una punta elevada de barranca. Al pie de un chañar vimos un pequeño túmulo de tierra rodeado de piedras. El cacique conmovido rodeó mi cuello con el brazo derecho y comunicó á mi cuerpo el temblor que lo agitaba. Permaneció un instante en silencio, profundamente abstraído, y rehaciéndose de improviso, exclamó:

— Aquí estuvo el toldo de mi padre. Aquí lo asesinaron. Aquí está enterrado y yo lo visito en cada salida que hago á los campos,



entre las sombras de la noche, probándole que en vez de miedo le tengo amor. Esas piedras dicen todas las noches que he pasado aquí. . .

Después de otro momento de contem-

plación muda, Pagintú descendió corriendo al lecho del arroyo y regresó con un canto rodado en la mano. Lo depositó sobre el túmulo de su padre y se retiró suspirando con fruición. Había cumplido una vez más el noble deber.

Al llegar al vivac alzó la mirada al cielo, olió por decir así el aire, y nos dijo:

— Vamos á hacer un abrigo, porque viene la nevada. . .

Nosotros ni veíamos ni notábamos síntoma alguno, en aquel espacio inmenso, majestuoso, sereno y helado.





LXXX

Dos indios llegaron á nuestro fogón y con abundantes ramas de sauce formaron una frágil y movediza armazón. Sobre ella tendieron las caronas de cuero y las aseguraron con reatas contra el ímpetu de los vientos. Trajeron después del equipaje del cacique, que marchaba en dos cargueros, cuatro *quillangos*, cobertores de pieles preciosas, de guanaco y zorro. Pa-gintú, cuya solícita hospitalidad excedía todo lo que podríamos esperar de los mismos cristianos, dijo:

— Ustedes no podrán resistir este clima con las *calchas* que traen. Les voy á regalar dos quillangos, por ahora, para que duerman

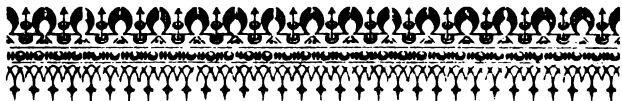
envueltos y calientes. Después tendrán más cueros para vestirse. Ya está encima la nevasca. . . ¿No oyen? Adentro. . .

Y dándonos el ejemplo, se arrastró al interior del toldo improvisado.

Hacia el lado de los Andes se oía, en efecto, un crugido leve, como la vibración de una jarcia, al sacudirla el viento. Parecían ráfagas descendidas del espacio de las cumbres, que rugían al sentirse oprimidas entre los cañadones y los valles.

La intensidad del viento arreció á media noche y pronto la serena atmósfera de *Chacay Malliñ*, fué dominada por el huracán que sacudía bramando nuestro toldo y lo hacía oscilar como á las ramas de los árboles vecinos.





LXXXI

A la madrugada el campo parecía un territorio cubierto de harina. El *quillango* era el ideal de un abrigo y envuelto en él de pies á cabeza, me escurrí del toldo á contemplar el grandioso paisaje andino.

Todo blanqueaba en una extensión, incommensurable, desde el valle á la falda, y desde ésta, hasta las cumbres excelsas.

El cielo gris, salpicado de leves copos blanquecinos, viajeros de las alturas al llano, envolvía el cuadro con el tono de una de esas noches húmedas del Mar Austral, durante las cuales las estrellas pierden su brillo, á través de los vapores flotantes.

La claridad avanzaba como si las ráfagas

furiosas, escapadas de los senos del macizo andino, desgarraran las sombras de los valles. El viento rebramaba por intervalos y los copos caían con mayor intensidad.

Los indios de Pagintú reposaban, sin embargo, tranquilamente, tapados con cueros de potro y rodeados de ramas que impedían la invasión de la nieve por los lados. De esta manera, cada dormido, formaba un verdadero túmulo blanco.

Los caballos me causaron pena. Parecían esqueletos inermes ó pellejos hirsutos, rellenos por el embalsamador.

Estaban de pie, inmóviles, presentando el anca al viento, la cabeza inclinada y casi entre las manos, las orejas gachas, con el pelo erizado y cubierto de nieve.

Cuando ésta, escurriéndose hasta la piel misma les hería con sensaciones de frío, los caballos sacudían reciamente todo el cuerpo, amusgaban con vigor las orejas, los copos rodaban al suelo y volvían á quedar tiesos, inertes, como paralizados.

Las aguas heladas del arroyo presentaban el aspecto de los vidrios gruesos y opacos, que usan los marinos para dar paso á la luz á través de la cubierta.

Toda la naturaleza estaba sepultada bajo la nieve, sobresaliendo apenas de ella crestas grises de piedra ó ramas verdes de árboles limpiadas por el viento. Los pobladores del aire y del suelo buscaban el amparo de las guaridas abrigadas. Solamente el rey de las cumbres más altas, paseaba el paisaje con avidez sangrienta.

Los cóndores descendían rumorosamente de las laderas al llano, y al descubrir el campo, revoloteaban sin cesar en torno nuestro, como un ejército sitiador. Los atraía el aire macilento de los caballos.





LXXXII

Los fogones chisporrotearon muy pronto y la ancha llama rojiza nos proporcionó un placer para mí nuevo y extraordinario, que impresionaba como un consuelo supremo en medio de la pesadumbre inconsciente que infunde el espectáculo de la nevada.

Mientras churrasqueábamos un tierno costillar de gama, Pagintú mandó, con gran sorpresa mía, ensillar los caballos y el campamento blanquecino se puso en actividad.

Me parecía racional la demora bajo aquel toldo protector y al lado del consuelo de los fogones, hasta que pasara el temporal; pero

los caballos necesitaban ejercicio, para evitar la parálisis y la muerte de frío.

Los indios prefieren arrostrar la fatiga personal y las inclemencias del tiempo al sacrificio del arma decisiva del Desierto, que es para ellos el caballo.

Marchamos, pues, ese día, envueltos en quillangos, que sacudíamos de tiempo en tiempo para arrojar la nieve.

El suelo estaba cubierto de una capa de dos pulgadas por lo menos, desmenuzada, como grueso polvo, en el cual se enterraban las caballerías hasta la ranilla.

El paisaje era el mismo de los días anteriores. La nieve cubría un campo de derrumbes, de arenas y guijarros, con vegetación pobre y salpicado de isletas de árboles, desarrollados con el favor de los pliegues húmedos y feraces del suelo.

Los copos cedían el espacio á veces á una llovizna gruesa y copiosa. Otras veces caían como capullos desflocados por el viento. No aumentaba la intensidad del temporal, ni cedía su fuerza primitiva.

Los indios anunciaban sin inquietud que duraría varios días y de cuando en cuando, medio entumidos, se alzaban con violencia,

espoleaban los caballos, hacían sonar sordamente las lonjas mojadas de sus *taleros* ⁽¹⁾ sobre las ancas y lanzados á media rienda ejecutaban volteos atrevidos para entrar poco después á la caravana con la circulación de la sangre más activa.

Yo, envuelto en las pieles calientes, no tenía más frío que en *Leuvucó* durante las marchas de invierno, bajo el viento y la lluvia. La paralización de los pies yertos é insensibles sobre el estribo, de las orejas y de la nariz, colorada como el rábano, no me parecían extraordinarias: pero lo que me abrumaba, causándome una pena infinita, era el fúnebre aspecto blanquecino del paisaje que cerraba el paso de los Andes.

Me parece asistir á un momento supremo de la Creación en que paralizada la vida, se extendieran por doquiera los paños blancos de un sudario. Alzaba la vista al Cielo y la detenían las cumbres nevadas sobresaliendo del seno de las nubes reclinadas en sus flancos, en medio de corrientes vertigi-

(1) Los indios fabrican chicotes de un mango de palo tallado rústicamente, á menudo con una víbora enroscada en él y terminados en ancha lonja de cuero de vaca. El mango es un *talero*.

nosas de la atmósfera, de tempestades iracundas y de ventisqueros arrasadores.

Tendía la mirada al llano y toda la vida había cesado de palpitar en él. Ni un pájaro, ni un venado, ni una hoja verde, ni una rama de árbol, desentonaba en el fatídico paisaje plumizo. El llano parecía una inmensa lápida de mármol sepulcral.

Felices, sin embargo, nosotros, que corríamos el campo abierto. Desdichados los caminantes sorprendidos por vientos y aludes sobre la cuesta de los vértigos irresistibles y de las nieves eternas!





LXXXIII

HABÍAMOS caminado medio día, entre las ondulaciones del flanco de los Andes, cruzando algunos ríos secos, arroyos de escaso caudal, cuya superficie helada rompían con estrépito los caballos.

El camino entraba allí á un ancho valle, encajonado por las sierras, á cada jornada más altas.

Del centro del valle surgían altos promontorios blanquecinos: eran isletas de chañares, piquillines, jarillas, molles y sombras de toro, de considerable desarrollo.

El país me había parecido siempre inhospitalario, estéril y sin atractivos para las

artes ganaderas y agrícolas, cuando estos bosquecillos interrumpidos vinieron á alterar la monotonía y miseria que contemplábamos.

Apenas entramos al valle, uno de los indios que iba más avanzado, dió vuelta y marchando á la carrera hacia nosotros, hizo rayar su caballo cerca de Pagintú y gritó:

—Cacique! En el primer monte, al lado de la Cordillera hay gente. Se ve un humo...

En el acto fué desprendida una descubierta de cinco guerreros y seguimos la marcha con precauciones.

La avanzada corría sobre la nieve, y se perdió entre los montecillos blancos, para reaparecer media hora más tarde con grande algarada.

Allí, vivaqueando á la orilla de un arroyo congelado, en ramadas hechas bajo los árboles, estaba una grande embajada diplomática del soberano de los *Pehuenches*. Los emisarios buscaban con urgencia á Pagintú, y no encontrándolo en sus toldos, habían resuelto salirle en su camino.

La caravana se organizó para hacer una entrada decorosa. Los cargueros de bagajes

quedaron á retaguardia y el escuadrón de guerreros formó gallardamente.

Pagintú lo proclamó haciendo reconocer al sargento Orosco, como capitanejo de su escolta. El veterano hizo molinetes de lanza y mandó romper la marcha por cuatro á la derecha.

Diez minutos después el melancólico paisaje de la nieve era interrumpido por el clamoreo de ambas comitivas, que simulando cargarse á fondo con lanzas enristradas, se dispersaban al chocar los caballos entre sí, en todas direcciones, para reorganizarse á lo lejos y repetir muchas veces sus explosiones de entusiasmo, alrededor de Pagintú y del Cacique Embajador.

Se llamaba *Loycá* ⁽¹⁾ y era dignatario de segunda categoría, de una de las tribus *Pehuénches*, sometidas al famoso Soberano Huamanecul. ⁽²⁾

(1) Ave: «pecho colorado»,

(2) *Huá*, maíz, (el linaje ó estirpe). *Mané*, inclinado. *Cul* de *Culú*, la suerte: «El maíz afortunado».



LXXXIV

ACAMPAMOS entre un bosque de nieve á orillas del mismo arroyo y cien metros de donde había asentado su real la caravana de emisarios.

Varios toldos improvisados y grandes fogatas alimentadas bulliciosamente por las ramas resinosas de la jarilla, nos brindaron calor y alegría.

El nevazo cedía visiblemente alternando con una lluvia que caía á chorros gruesos y penetrantes que las ráfagas del viento azotaban con ruido sobre los cueros de los toldos como los ramales de un *arreador* ⁽¹⁾ arribeño.

(1) Látigo de cabo grueso y lonja larga que usan indios y gauchos para conducir ganado.

Los indios miraban á las cumbres del poniente, examinaban la forma de la nieve y se regocijaban de la lluvia, anunciando un bello día cercano.

Loycá y los tres capitanejos agregados á la Embajada, fueron invitados á rodear nuestro fogón, donde Pagintú la recibiría con la gravedad oficial de estilo.

Recuerdo todavía el discurso de *Loycá* como si ayer mismo lo hubiera pronunciado. Habló de esta manera:

« *Cacique afortunado* :

« Nuestro invencible Jefe, Soberano de todas las tribus y parcialidades *Pehuenches*, nos encarga saludarte con cariño, deseando que tus mujeres, suegras, suegros, cuñadas, cuñados y toda la familia, caciques y capitanejos y soldados estén felices y vivan ricos y en paz, y en prueba de sus deseos fraternales te ofrece por nuestro intermedio dos caballos alazanes, á los cuales jamás escaparon las gamas y los avestruces en el campo, ni faltó la tierra bajo los pies, corriendo entre guadales, barrancos ó montes sucios de tronquería.

« Nuestro Soberano celebrará de aquí á dos lunas las fiestas más grandes de que

tengan noticias los indios viejos de los dos lados de *Vutá Mahuida*. ⁽¹⁾

« Los caciques generales hubieran querido demorarlas hasta *Elláhuiluong* ⁽²⁾ cuando se derriten las nieves, braman los tigres, hacen nido los pajaritos y florecen las plantas y los árboles de la Tierra; pero nuestro Jefe está apurado porque son fiestas de amor.

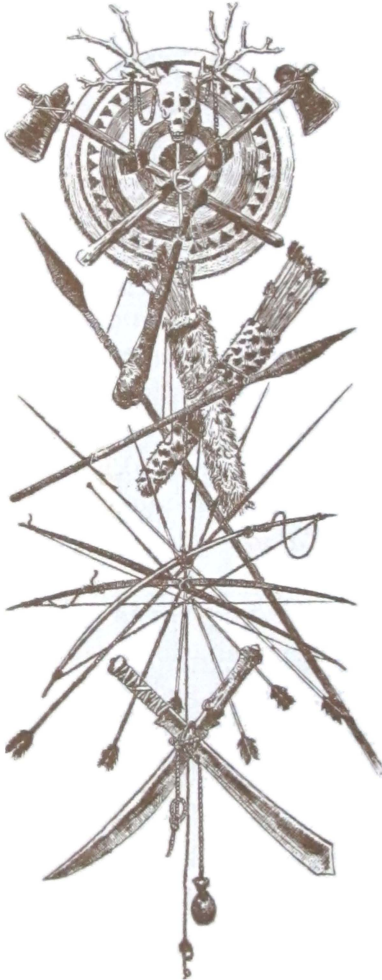
« Los caciques de las naciones argentinas y chilenas de las faldas de *Vutá Mahuida* están convidados, desde la tierra de *Vorohué* (Lugar de los Huesos) y País de los *Lemu* (Montes) hasta las regiones valdivianas y de *Chilihué* (Nueva Chile); y desde los toldos de *Malalhue* hasta los que se alzan en las márgenes del *Macú Leuvù* (Río Agrio), *Collon Curá* (Máscara de Piedra), *Limay* (Sanguijuelas) y lago de *Nahuel-Huapi* (Isla de los Tigres).

« Nuestro Jefe te pide, pues, que vayas con tu gente de Gobierno, á acompañarlo en sus alegrías, y te manda decir que no podría conformarse nunca si faltara á las fiestas el insigne guerrero é invencible cacique del li-

(1) *Vutá* grande. *Mahuida*, sierra. La Cordillera.

(2) La Primavera.

naje de los Leones. Esto te dice, pues, nuestro Señor ».



Pagintú escuchaba con fisonomía solemne y actitud arrogante el lisonjero mensaje del soberano *Pehuenche* y devolvió los cumplimientos uno á uno, glosándolos extensamente, porque el buen tono y la elocuencia de los araucanos, enseñan que á un cumplimiento ó *razón*, conviene contestar con muchos cumplimientos ó *razones*.

Deploró que los rigores de la estación y la premura del tiempo no le permitieran reunir presentes dignos de su real amigo; pero rogó á *Loycá*, que regresara al día siguiente llevándole,

con su gratitud y seguridad de puntual asistencia, dos caballos oscuros, estrella blanca en la frente, cruzadas las manchas blancas de una mano y de una pata, los cuales nunca se aplastaron en las jornadas de la guerra y jamás durante cien combates, jinete alguno, montado en ellos, cayó muerto ó recibió heridas.





LXXXV

LEGÓ la noche. Noche fúnebre, en verdad!

Sobre los cueros del toldo golpeaba sin cesar la lluvia con ruido monótono, interrumpido á veces por algún remolino de viento que nos obligaba á sostener la frágil armazón de nuestro abrigo.

Los dos campamentos se entregaron al sueño temprano, burlando el temporal nuestros deseos de gustar las alegrías del fogón. Supongo que sería la media noche, pues reinaban todavía densas tinieblas, cuando sentí movimiento en el toldo y me levanté!

Ardían los fogones, los caballeros de ambos campos arreaban cantando las tro-

pillas y los indios deshacían los reparos y preparaban las reatas para los cargueros.

Todos parecían contentos en el seno del triste paisaje gris, casi oscuro, y en medio



del frío indescriptible que se colaba por los pliegues de los cueros lanudos.

Ví al sargento Orosco sentado al lado del fuego, con la cabeza entre las manos. Desde el día anterior me preocupaba su reserva, su aislamiento y la observación atenta y constante que dedicaba á la Cordillera. Lo hablé cariñosamente y él me contestó:

—Es cierto. Estoy triste dende que hi oído la historia del casamiento del indio. No me puedo olvidar de mi mujersita que está en el Cielo...

Y el veterano se puso de pie con aire fiero, miró á los Andes y exclamó:

— Ya se jué la nevada, hijito. Ay viene limpiando el *pampero*. Verás qué sol lindo nos calentará agorita.

Interrumpió sus palabras, miró á todos lados y después de estar seguro de que los indios no nos escuchaban, exclamó en voz baja, con acento misterioso:

— Debemos *mandarnos cambiar* cuantito tengamos coiuntura pa evitar esas fiestas. Mirá, hijito, que esos indios de la Cordillera, una vez *mamaos* ⁽¹⁾ nos han de dar el *güelto* ⁽²⁾ como acostumbran hacerlo con los cristianos en sus borracheras.

La observación de Orosco era exacta. Había un peligro real en confundirse con el populacho ebrio de diferentes y lejanas naciones bárbaras, á pesar del amparo de Pagintú.

(1) Ebríos.

(2) Dar la muerte, modo de decir de gauchos en sus peleas.

Pero al mismo tiempo era inútil pensar en la huida. ¿Dónde iríamos fugados? Sobre el río *Diamante* vivaqueaban las guarniciones de Rosas y el camino de Chile seguía cerrado por la nieve.

Los caballos llegaron y los indios pasaban cerca de nosotros saltando y gritando: — *Chuy! chuy!* — con las riendas en la mano. Era necesario ensillar.





LXXXVI

EL sol tibio, espléndido, sobre un cielo encantador, celeste aguado, dominó el paisaje. La nieve, brillante entonces como una lámina de plata bruñida, relampagueaba y hería la vista.

Los caballos mismos sangraban de las coronas de los vasos, heridas por la escaracha, que rompían al pasar las cañadas, los pantanos y los arroyos.

El frío era, sin embargo, mayor que en los días anteriores, y rozaba las carnes, seco é incisivo, como el filo de una hoja acerada.

La gran toldería de Pagintú estaba cerca. El cacique había hecho adelantar chasques

para preparar dos toldos á los embajadores ilustres.

El suelo verdeaba ya suavemente en las comarcas hondas y fértiles; mientras que se teñía de amarillo en las alturas de pedregullo y de arena.

Los caballos salpicaban el agua de la nieve derretida y en todos los arroyos y zanjones veíamos los chorros gruesos, corriendo á los cauces para chocar ruidosamente con la capa de hielo espeso y fulgurante que los cubría.

Al caer á los vados los caballos mañereaban para pisar y romper la escarcha, cuyos fragmentos chapoteados, los lastimaban como cachos flotantes de vidrios.

Á las tres horas de camino la nevada había desaparecido del suelo por un derretimiento general, que devolvía á los valles, á las laderas y aun á las cumbres menos altas, su colorido natural de verde y azulino. Solamente más arriba, sobre los grandes macizos, centelleaban las nieves perpétuas!

Bandadas innumerables de cóndores descendían graznando á los valles, con estrépito de grandes alas abiertas. Tropillas de guanacos huían de nosotros á las piedras cer-

canas y las gamas y los avestruces, abandonando sus guaridas, se lanzaban hacia los campos abiertos del naciente.

Palpitaba con poéticos rumores la vida de las isletas de bosques, donde cantaban volando juguetonas las variedades de ave-cillas de precioso colorido.

El derretimiento de la nieve alentó también mi espíritu, inspirándome la idea del paso á Chile, que trasmití á Orosco en un instante de aislamiento.

—Imposible! hijito, me dijo. Allá, arriba, anda toavía el temporal. En este tiempo la muerte es sigura en las cuestras. . . Tené fe en Dios que imos de haiar otra salida. . .

Los indios nos interrumpieron de improviso con su alharaca. Estaba á la vista el valle de *Malalhué* y numerosísimas columnas de humo, esparcidas sobre un frente de más de una legua, se alzaban de las tolde-rías de Pagintú.





LXXXVII

UNA hora después entrábamos á aquella vasta colonia salvaje. Eramos recibidos con el estrépito habitual entre los indios.

Escuadrones y jinetes aislados á la carrera, aullidos de perros, relinchos estridentes, balidos de vacas, chillidos de enjambres de *chinitos*, ⁽¹⁾ alaridos de indios guerreros, gritos gozosos de mujeres *apeñuscadas* con sus hijos en las puertas de las casas, fantásticos ejercicios militares, saludos abrumadores que dislocaban las manos, júbilo, delirio, locura, la abigarrada y bulliciosa escena de la tribu

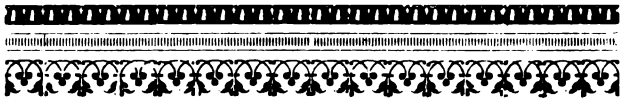
(1) Muchachos.

saludando el regreso de su bienaventurado caudillo: todo pasó sin conmovér mi alma.

Apenas si recordé la grandiosa entrada de PAINÉ á *Leuvucó*, y la imaginación volvió á la fuga á Chile, y mis ojos, hartos de contemplar estallidos de barbarie, giraban inconscientemente hacia la cumbre anhelada, que cubría la nieve maldita!

Á veces sentía vergüenza de mi ingratitude porque Pagintú nos honraba con todas las primicias de la hospitalidad, á términos que no fuera mejor recibida la Embajada poderosa; pero tenía la resolución de olvidarlo todo en el mundo, por reunirme á las dos mujeres de mi sueño constante, á mi madre y á Panchita, y el camino de Chile podía llevarme un día con vida hasta ellas.





LXXXVIII

LA toldería de Pagintú era como una vasta y rústica aldea, larga y angosta, extendida sobre las barrancas peñascosas del río *Malalhué*.

Ciertos rudimentos de vida edil que allí encontramos acusaban superioridad en relación á los inmundos hacinamientos de los salvajes de la pampa.

Los *toldos* mismos de cuero eran aquí una excepción. Las familias vivían en grupos de ranchos de quincha, perfecta y simétricamente construidos, con un aseo y comodidad que á menudo no he hallado en muchas aldeas cristianas.

Las agrupaciones de ranchos diseminadas

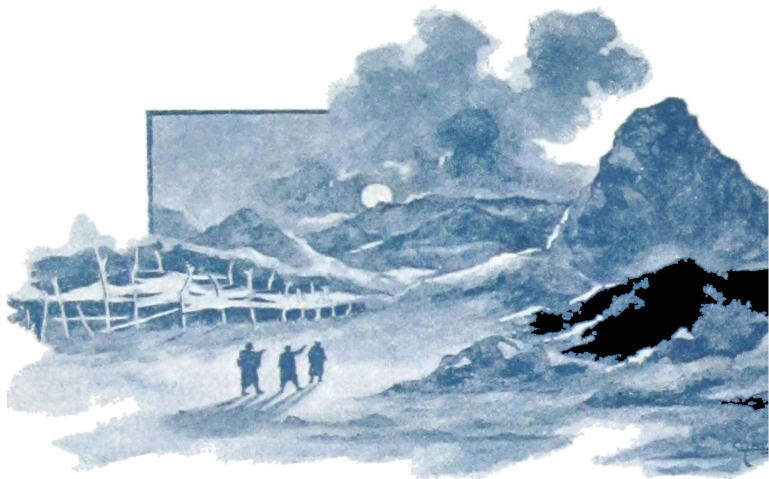
caprichosa pero pintorescamente sobre el arroyo, pertenecían á las familias distinguidas de la corte de Pagintú.

Su imperio comprendía diez aduares, situados los unos más al Sud en valles fecundos y los otros sobre el mismo *Malalhué*, alguna distancia adentro de la Cordillera.

El rancho de Pagintú era grande y aislado, dividido á lo largo con tabiques de caña (*colihué*) en forma de pesebre de establo. El poderoso cacique tenía siete mujeres, y cada una ocupaba con su muchachos un departamento, como las vacas con cría en las Ferias. Él reservaba una división para sus prendas, armas, útiles de campero y noques de víveres.

Yo y Oroseo fuimos alojados en el rancho de un capitanejo ausente, á doscientos metros de la casa real. Pagintú ordenó que dos mocetones se incorporaran á nuestro toldo para servirnos de asistentes.

Durante la noche hubo borrachera, bailes, cantos que unas veces parecían aullidos y clamor de pelea las otras, orgías y escándalos de todo linaje.



LXXXIX

LA noche era de luna, seca y hermosísima. El frío mismo parecía dormido en el seno de esa atmósfera propicia á las tremendas heladas.

Distinguíamos claramente las montañas. Á la izquierda de los toldos, tal vez muchas leguas al Oriente, se destacaba una masa sombría, como un gigantesco cono truncado.

Uno de los indios ladinos, que nos siguió con impertinencia durante toda la noche, dijo que era el cerro *Payen*, lugar encantado.

— ¿Qué encantamiento tiene? le pregunté.
El indio tomó la palabra y habló de esta manera:

— Antes de que hubiera población de este lado de *Vutá Mahuida* y cuando en sus cumbres no se habían formado todavía tantas nieves como ahora, vinieron unos hombres rubios como el Sol, y subieron al cerro. Eran de Chile, y atrás de ellos pasó un ejército araucano que los seguía. Los extranjeros construyeron una fortaleza en la cumbre, y las paredes y los vestidos y las armas relampagueaban, porque eran de plata y oro. Á su vista retrocedían deslumbrados los guerreros del Arauco, persuadidos de que estaban enfrente de los hijos del *Huecubú* (espíritu maligno). Después de contarse innumerables derretimientos de la nieve, estos campos fueron poblados por araucanos, que conservaban la tradición de los hombres extraordinarios del *Payen*. Un día resolvieron acercarse algunos caciques muy valientes y nada vieron. Las murallas habían desaparecido. Alentados y reunidos hasta veinte escalaron el cerro, y una vez en la cumbre, no se les volvió á ver jamás, como si se los hubiese tragado la tierra.

Desde entonces ningún indio ha osado subir al *Payen*, y en los días de tormenta yo he oído, y como yo muchos indios camperos que pasan por la base, alaridos desesperados de dolor y voces gigantescas que parecen de muchos hombres reunidos, pidiendo socorro!...

El indio guardó silencio con aire misterioso.





XC

CREO que se ve una luz arriba del cerro! . . . dijo con honda emoción el sargento Orosco, y me tocó un brazo, sin que el indio lo notara, alejándose en seguida hacia la fogata que ardía frente al rancho del cacique.

Yo lo seguí despacio y con disimulo mientras el indio miraba con avidez al cerro encantado, descubriendo acaso no una sino cien luces.

El enjambre de perros ladraba á nuestra aproximación y el veterano aprovechó el estrépito para decirme:

— Hijito, en ese cerro está nuestra salvación. Yo sé que de ay sale un camino pa el

sur de Güenos Aires y si ganamos esas pampas de Dios cualquier estanciero nos hay tener á su lao, hasta que se cambie el Gobierno ó hasta que pase un ejército pa riu-nirnos. . .

No concluyó su pensamiento. El indio estaba otra vez al lado nuestro. Golpeó sonriendo la espalda del sargento Orosco y gritó:

— *Huincá! Coyllá! . . . Coyllápeñi Huin-cá! Nolay Payen Gúthral. . .* (1)

(1) ¡Cristiano . . . Mentiroso! . . . Mentira de mi hermano el cristiano! No hay fuego en el Payen!





XCI

Los indios, prodigio de agilidad sobre el caballo, son peatones pesados y vacilantes con sus piernas arqueadas, y el cuerpo inclinado siempre hacia el suelo, como si el peso de la cabeza los venciera.

De esta circunstancia sacó partido el sargento para continuar nuestra conversación y en vez de contestar al indio, que nos miraba con cara de pascua, respiró fuertemente se frotó las manos y fingiendo las contracciones nerviosas del que tiritita, exclamó:

— *Chuy! . . . Chuy! . . .* (1)

(1) En araucano quiere decir ¡qué frío!

Y se lanzó á la carrera. Yo gritaba á la vez:— *Chuy! Chuy!* . . . — y lo seguía, mientras el indio rezagado á algunas varas atrás intentaba en vano darnos caza.

—Hijito, decía Orosco muy quedo, ese infiel es un espía que nos han puesto. . . . Hagamos maña pa juir al cerro. Ni toitos los indios juntos se animarán á subir, y una noche nos apretamos el gorro. . . .

—Hermanitos, no corran tanto que yo también soy como avestruz, gritaba el indio. . . .

Y en verdad, nos alcanzó al instante. Era ágil como un venado y astuto como el zorro, porque agarrándome fuertemente del brazo, agregó:

—Cristianos desagradecidos. Andan por fugar. . . los voy á matar. . .

¿Comprendía el castellano y había escuchado nuestro diálogo furtivo ó la sagacidad excitada del salvaje descubría en nuestros movimientos los designios supremos del corazón de los cautivos? . . .

El *pampita* nos dejó solos y se dirigió á paso acelerado al toldo de Pagintú, con la mitad superior del cuerpo inclinada, como yéndose de bruces! . . .



XCII

Nos refugiamos en el toldo, donde ya ardía un fogón encendido por los *chinos* asistentes, según costumbre del país, para secar el aire interior antes de dormir.

El campamento estaba turbulentamente entregado al *Cahuiñ*, orgía violenta de los bárbaros, excitada por los jugos fermentados de las frutas de la selva.

En el toldo de PAGINTÚ se agitaban más de cincuenta personas de su familia y de la Embajada. En cada uno de los toldos de los guerreros que habían llegado con el cacique, era celebrada estrepitosamente la buena fortuna de la correría.

Resonaban en todas direcciones gritos des-

templados, carcajadas aguardentosas, palabrotas de amor brutal, ladridos de perros, relinchos de caballos, rasguídos de guitarra, redobles sordos y monótonos del tamboril nacional y las notas de las flautas indígenas, cuyas melodías en tono menor, parecen rugidos ahogados de fiera, más que frases sentidas del arte.

El campo estaba cubierto de sombras movedizas, proyectadas sobre el suelo por la luna esplendorosa. Jinetes de carrera, otros ebrios, llevados á la merced de los caballos al tranco, con la rienda suelta, cayendo sobre la cruz ó sobre los costados, chinas en continuo vaivén para espiar á sus maridos ó con platos de espumante *pulcú* para los toldos amigos, bárbaros á pie tambaleándose y furiosos, con los puñales desnudos en las manos, y pandillas de chinitos chilladores, que pasaban cerca de nuestro toldo en son de serenata, vociferando:— ¡Mueran los perros cristianos! — Todo esto cruzó en remolino vertiginoso ante nuestros ojos como un cuadro fantástico, soñado á la claridad de la luna.

A media noche penetró al toldo un capitanejo y nos dijo:

--Les pide el cacique que no salgan de su casa, porque los indios están alborotados con los cristianos. . .

El sargento Orosco revisó su tabuco, le cambió la ceba y arregló una mullida cama de pieles cerca de la puerta del toldo. Yo me acosté en el fondo y permanecí mucho tiempo despierto, oyendo los rumores lejanos á veces, próximos á menudo, de la espantosa bacanal.

El fogón ardía al principio iluminando rojizamente el techo del ranchito. A la luz de la llama sucedió el resplandor débil de las brasas y el leve é interrumpido chisporroteo de los fragmentos de carbón que estallan. Después las brasas brillaban apenas las cubría la ceniza, cesó la lucha del fuego con las fibras leñosas, y el silencio y la oscuridad reinaron por completo. . .





XCM

AL día siguiente el sol penetraba por las innumerables grietas de la quincha, cuando abrí los ojos. El sargento Orosco estaba sentado al lado del fogón, tan pensativo como en los días anteriores.

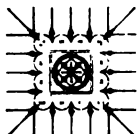
--Buen día, sargento, le dije.

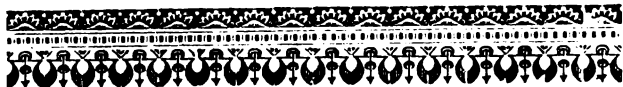
--Güen día, hijito!...

--Qué sabe de nuevo, usted que ha madrugado?

--Ay!... las cosas van de mal en pior. El espía nos delata de siguro. Hoy tempranito anduvo el Cacique y otros *pampas* fierísimos aguaitándonos. Yo me hice el dormido como el zorro y les alcancé á oír que nos desconfiaban. Unos decían que éra-

mos *bomberos* de Mendoza, otros que éramos espías de Güenos Aires. . . . Quen quería matarnos. Quen pedía que nos quitaran las armas y dos nos defendían diciendo que éramos amigos. . . . En esto se jueron discutiendo pa el toldo de Pagintú. Entonces me moví despacito, abrí un ojo y devisé al viejo *Loycá*, lengüeteando con el indio de anoche y señalando nuestro toldo con ademanes amenazadores. . . .





XCIV

MARI-MARI, dijo Pagintú, entrando de improviso al rancho...

— *Mari-Mari*, contestamos poniéndonos instintivamente de pie.

— Ustedes son muy confiados. Anoche anduvieron en el campo solos y casi los han asesinado unos indios borrachos. Han estado rondando el toldo, para matarlos, hasta hoy de madrugada, que vine yo á echarlos... No han debido salir solos en un país en que no los conocen...

— Pensamos, interrumpí yo, que bastaría que fuéramos buenos amigos suyos, para creernos seguros entre su gente...

--No! En toda tierra hay buenos y malos,

dijo el bárbaro. Cuando mandamos comisionados á las ciudades de ustedes, éstos son muy bien tratados por el Gobierno; pero en las calles hay siempre gente que se ríe de ellos, los insulta y quisiera matarlos. Lo mismo sucede en los toldos y yo no puedo estar en todas partes. Los indios andan alborotados, porque *Pichí Choroy* (*Pichí*, pequeño; *Choroy*, loro) uno de mis caciques más jóvenes, valientes y diablos, dice que les ha sorprendido una conversación en que ustedes proyectaban irse por el *Payen* . . .

-- No hay tal, Cacique, gritó Orosco en araucano, imponiéndose audazmente. Nosotros no pagaremos jamás con la traición su amistad. Ese indio pícaro nos relató una historia de los que han subió al *Payen* y no han bajao, y yo le dije al compañero que habíamos de pedir licencia á usted, pa dir, en la siguridad de que volveríamos, probando que no hay tales diablos arriba . . .

-- Yo los quiero y los trato como á mi familia. He creído que *Pichí Choroy* ha entendido mal. Él sabe la castilla porque ha ido varias veces á Chile en comisión; pero siempre se equivoca, como ahora. Tengan cuidado con este indio, porque es malo y astuto.



XCV

EN este instante entraba Pichí Choroy con el cuchillo en la mano, gritando:

— Voy á matar estos perros traidores. . .

Pagintú dió vuelta la cabeza y ante su mirada de fiera herida, quedó firme el atrevido, con dificultad, porque la borrachera lo tumbaba.

— Con tu cabeza me respondes de la vida de estos cristianos, exclamó Pagintú. Son mis amigos, son mis hermanos! . . .

Y salió del toldo dejándonos solos con Pichí Choroy. El sargento montó el trabuco abajo del *quillango* y me dirigió una mirada que parecía decirme: — ¡Alerta, hijito! . . .

El bárbaro gruñó, avanzaba tambaleando hacia nosotros, retrocedía después, daba cortes al aire y puñaladas á la quincha, hasta que cayó como plomo enterrando el cuchillo en el suelo. Volvió á levantarse apenas, dió de hachazos á un palo, se limpió con un poncho mío la baba de la boca y salió, para caer de nuevo cerca de la puerta, gritando:
— ¡Perros cristianos!





XCVI

LA Nación *Picunche* (habitantes del Norte: *Picun*, el Norte; *Che*, gentes) me interesó durante los pocos días que pude observarla. Su civilización era muy superior á la de las tribus nómadas de la pampa central argentina.

El carácter de los *picunches* es noble, generoso y amable. Altivos y hasta feroces en la guerra, son leales á la amistad y cuando dan la mano á un huésped y le ofrecen amparo, se conducen siempre como el valiente Pagintú con nosotros.

Me parecieron dotados de una inteligencia clara y de una sagacidad admirable; pero eran confiados como hombres de índole

buena. Las grandes traiciones sufridas, no habían modificado esta elevada faz del carácter nacional.

Como guerreros llegaron siempre al heroísmo y gustaban de echar pie á tierra para pelear á las infanterías organizadas, movidos del orgulloso deseo de demostrar que sus corazones son tan fuertes como los del cristiano disciplinado.

No existía entre ellos la holgazanería tradicional de los jinetes de la pampa y al contrario amaban el trabajo y la vida apacible del hogar. Por eso unos pastoreaban vacas, otros ovejas y casi todos se dedicaban á la agricultura, que solía dar á sus aduares el aspecto risueño de colonias indígenas.

Las mujeres, de una belleza más regular que entre las pampas, eran fuertes, rollizas, contorneadas y honestas.

Su laboriosidad era singular. Insignes tejedoras en rústicos telares, cosechaban también las sementeras cuando los indios salían á campaña. Entonces desplegaban toda la energía del carácter nacional para esperar á los expedicionarios con telas preciosas, con graneros rebosantes y corazones alegres.

Ellas ofrecían orgullosas á los héroes las primicias de la comodidad, de la abundancia y del amor.





XCVII

A LOS diez días de una permanencia estéril en el real de Pagintú, sospechados y espiados por la chusma, nos convencimos de la impracticabilidad de nuestro plan de refugio en la cumbre misteriosa del *Payen*.

Habíamos tomado el partido de salir del toldo lo menos posible, para no vernos rodeados de muchachos insolentes, de viejas agoreras ó de ebrios comprometedores.

Pagintú nos visitaba unos días y otros mandaba á informarse, haciéndonos decir que saliéramos á pasear; pero que no nos retiráramos demasiado de su rancho.

El campamento quedó silencioso y triste,

cuando partieron hacia su tribu los embajadores.

El frío era siempre terrible y los días grises se sucedían á causa de las tempestades de nieve desencadenadas en el seno y sobre las cumbres de la Cordillera.

Era necesario escapar. Si marchábamos con Pagintú á las fiestas de Huamanecul la fuga sería peligrosísima, encerrados entre las nieves perpetuas á la derecha y los desiertos desconocidos á la izquierda.

Nuestra permanencia en los toldos de *Malalhué*, después de la partida de Pagintú, era por otra parte imposible. Seríamos vejados, provocados, asesinados tal vez, por la horda fanática que azuzaban los caciquillos celosos de las preferencias y honores con que nos favorecía el jefe supremo.

Con estas perspectivas sombrías, los días plomizos del temporal de nieve, nos parecían en verdad sepulcrales.





XCVIII

CERCANA estaba ya la aparición de la nueva luna, cuando el campo se puso en movimiento extraordinario.

Los caciques y los indios limpiaban las armas, ensebaban las guascas de los arreos, componían sus cinchas y aperos, los pobres echando *tientos* á las roturas y *yapas* á los lazos cortados; los ricos escogían las mejores *matras* y las mantas más vistosas, mientras las chinas se afanaban en sus telares para terminar ponchos, ligas y fajas que debían estrenar y lucir sus amantes en los grandes días de la fiesta internacional.

Centenares de chifles de á dos y de á tres pares por jinete, guardaban los fermentados

y febricientes jugos, con que los indios celebran todas sus alegrías y se entregan á los delirios de la embriaguez.

Llegaban diariamente de las invernadas de los valles andinos los caballeros con las tropillas de reserva de los caciques mayores y menores; y no cesaba la gritería y el tropel en los corrales, donde eran galopados los redomones y tusados y desvasados los caballos de confianza.

En los toldos se preparaban albardas, noques y reatas para los cargueros, destinados á conducir los equipajes abigarrados de las caravanas, y los mejores cueros de potro y de vaca eran extendidos y examinados para toldos contra lluvias y nieves, durante la larga marcha á los valles del Sur.

En el real de Pagintú aumentaba esta actividad. Su equipo personal era sencillo; pero necesitaba muchos cargueros para conducir los regalos de telas, prendas, pieles y arreos primorosamente trabajados, que iba á presentar al soberano *pehuenche*.

Solamente nosotros contemplábamos este afanoso entusiasmo, echados de barriga, con indiferencia, como dos imbéciles de nacimiento.

El día de la partida estaba fijado, y los bailes y borracheras de despedida volvieron de nuevo á encender pasiones y á remover peligros á nuestro alrededor.

Una tarde encerraron en el corral de Pagintú una hermosa tropilla de tordos rodados, orejanos. Era un grupo de diez animales esbeltos, arrogantes y nerviosos.

El caballero habló con el jefe y se dirigió al galope á nuestro rancho diciéndonos desde afuera:

— Dice el Cacique que mañana nos vamos y que allí tienen los caballos para ustedes. . .

El sargento Orosco tuvo un momento feliz! Esos briosos redomones podían ser una esperanza y una realidad!

-- Vamos, hijito, me dijo. ¡Siquera podemos decir que estamos á cabaio!





XCIX

No hubo más remedio que resignarse! Partimos al fin. El sargento Orosco mandaba veinte lanceros de la guardia de Pagintú, los mismos que encontramos en el Atuel.

Yo marchaba en el grupo del Cacique, entre una especie de estado mayor de dignatarios, á los cuales seguía la récua de matalotes, cargados de los maderos y cueros de los toldos, noques, alforjas, trebejos, pieles, chifles, guascas, víveres, utensilios, charqui y los regalos.

Eran una larga caravana arreada á un grito acompasado y monótono por varios indios, escoltada por un brillante escuadrón

de doscientos jinetes elegidos, que hacían flotar al viento los penachos de sus lanzas, sobre caballos soberbios, pintorescamente ensillados.

La marcha fué penosa y lenta á través de campos yermos, arenosos, cubiertos de guijarros, con pasto ralo, matas perdidas de trecho en trecho.

A veces el paisaje era dominado por arbustos y árboles amarillentos y raquíuticos, erizados de espinas desgarradoras.

Las vegas, regadas por arroyos y arroyuelos, bellísimos á veces, con los tonos del paisaje brutal de la montaña derrumbada por el cataclismo, se sucedían de trecho en trecho alegrando la melancolía de los paisajes.

Unas tardes nevaba, otras veces salía el sol. De tiempo en tiempo llovía poco y el viento fuerte del Sudoeste no cesaba de atormentarnos, grietando las carnes de nuestras manos.

Diez días habíamos caminado así, pasando por los ríos y arroyos de *Loncoché*, *Vutaló*, *Quelicheuque*, *Coyhucó*, *Malalhuaca*, *Michinquel*, *Huacalavquen*, *Vutá Leuvú*, *Calrucó*, *Coipulavquen*, *Cochicó*, *Chapudcó* y

Mallinlavquen, Currú-Leuvú y Neuquen.

Después de costear tres días este río nos detuvimos porque estábamos ya muy cerca de las juntas del *Macú Leuvú* con el *Neuquen*, en cuyas vegas y contornos se levantaban los toldos de la gobernación *Pe-huenche*.

Una lujosa embajada se anticipó á visitar al cacique Huamanecul, pidiéndole permiso para entrar á sus tierras al día siguiente, según las prácticas internacionales de los indígenas.





C

LA embajada no regresó á nuestro real; pero en lugar de ella se presentó á Pagintú en la mañana inmediata una soberbia comitiva de cincuenta dignatarios *pehuenches*, presididos por Loycá. Después de las carreras de caballos y enronquecedoras alharacas de estilo, Loycá llegó hasta el mismo Pagintú y le dijo en presencia de los grupos de grandes de uno y otro lado:

« *Glorioso cacique picunche:*

« Nuestro señor ha recibido con júbilo tus comisionados pidiendo permiso para correr sus tierras.

« Te espera con buen corazón y te manda

decir que sus dominios son tuyos y que en ellos tú eres sagrado. Avanza pues, con tus guerreros, y él estará para recibirte en las colinas del *Macú Lenuú*. Esto te manda decir, pues, mi señor».

Sucedió al discurso nueva algarada, carreras, ejercicios ecuestres, gimnasia de lanzas y chupandina general.

Una hora después estaban hechos los cargueros y la comitiva se puso en marcha hacia la *Gobernación de los Pinares, Pehuen-Mapú*, como llamaba á su imperio Huamanecul.

Llegamos antes de ponerse el sol á las alturas que dominan la entrada al valle de la confluencia y sobre éste se desarrolló á nuestra vista el panorama sonriente de las rancherías, rastrojos, ganados y fogones de una población numerosísima, que se perdía de vista entre los pliegues gigantescos de la Cordillera.

Trescientos jinetes avanzaron dispersos sobre nosotros á la furia de los caballos y con salvaje alharaca, como una bandada de cóndores fusilados en un rodeo. . .

Corrieron muchas veces alrededor nuestro, luciendo prodigiosos ejercicios y se reor-

ganizaron alrededor de Huamanecul, que con tres clarines, coronaba un cerrillo.

Pagintú avanzó al galope con los suyos, se abrazaron los caciques y formando una masa uniforme de indios, cargueros, chinas, chiquillos y perros, descendimos al valle en estrepitosa caravana.

La noche entraba y apenas pudimos contemplar las masas de chusma que nos recibían y las prolongadas líneas de fogatas de los hogares salvajes.

Había más de cuatro mil espectadores. Estábamos en el seno de un grande imperio.





CI

EL soberbio espectáculo de la entrada al valle del *Macú Leuvú*, despertó en mi alma alegrías misteriosas. Un vago interés me vinculaba á aquellos bárbaros opulentos.

Las masas azulinas de los Andes que cerraban todos los horizontes del valle y el cuadro relampagueante de las nieves perpétuas heridas por el sol, me subyugaban con los encantos de la contemplación de un mundo nuevo y grandioso para el hijo de las llanuras sin accidentes.

El tumulto entre las carreras, los cargue-ros, los festejos, la alharaca, los ladridos de los perros y las aclamaciones del populacho,

me envolvió, alejándome de Pagintú; pero por fortuna dí con el escuadrón del sargento OroSCO, que vagaba también extraviado.

Uno de los indios de la escolta nos dijo, que á una legua de allí vivía parte de su familia, pues sus hermanos eran *pehuenches*, y se empeñó en que todo el escuadrón marchara á acampar en su casa, dando aviso á Pagintú.

El partido fué aceptado. Orillamos el río *Macú Leuvú* hacia el Nordeste contorneando un cerro y pronto encontramos los ranchos buscados en el centro de la vega, bajo los pinos arrogantes.





CII

CUANDO costeábamos el *Neuquen*, habíamos salido definitivamente del terreno y de la vegetación, que recordaban al espíritu las selvas ranquelinas y las enjutas travesías meridionales de Mendoza y de San Luis.

Ascendíamos á los Andes por gradas sucesivas. Al abandonar el terreno de las pampas una formación extraña, una sucesión de mesetas, más bien que de cerros, nos había interrumpido el camino. Eran cadenas interminables de colinas formadas de guijarros y rocas sueltas hacinadas confusamente, como los montones de escombros de una ciudad de piedra destrozada por los temblores.

Después de esta muralla de cerrillos, valles

más ó menos extensos de por medio, se alzan los primeros estribos de la maciza cordillera andina; y en estos valles corren ríos caudalosos que fecundan los campos y á veces pagan su tributo al Océano Atlántico mismo, serpenteando con pereza á través del Continente.

Sobre estos terrenos faldeaba los Andes nuestra caravana oblicuando al Sudeste, guiada por el curso del *Neuquen*, á través de caminos escabrosos, sobre llanuras de pedregal y vegetación miserable unas veces, hollando serranías de roca viva las otras; ya descendiendo las barrancas hasta el borde de las aguas para marchar sobre los bancos de arena, ora trepando hasta los bordes empinados, cuando caían á pique hasta el cauce mismo desde cuarenta y cien metros de altura y cerraban el paso á los viajeros.

Sobre el río Agrío, (*Macú Leuvú*) vimos que su curso limitaba al Norte una vasta planicie, de algunas leguas superficiales, cubierta de vegetación sonriente y de un aspecto encantador, cuando se sale de los campos de arenas y de espinas del Este.

Sobre esta lozana altiplanicie, donde el paisaje alcanza ya los tonos grandiosos que

le imprimen los Andes, han tenido su asiento permanente las dinastías *Pehuenches* y le llaman la *Pampa de Ñorquin*.

Nuestro huésped bondadoso tenía su toldo sobre el arroyo de *Cudihue*, uno de los afluentes más importantes y bellos del *Macú Leuvú*.

El caserío ocupaba el llano pequeño, en el seno de un bosque de pinos excelsos, de manzanos frondosos y robles gigantes al borde de una imponente cascada, cuyos ruidos percibíamos desde media legua de distancia, y entre cuyas peñas crecían matorrales esbeltos de *colihues*, cañas de Chile, que los vientos columpiaban hasta hundir sus hojas en las aguas espumantes.

Estábamos en el corazón de la tierra de los pinares (*Pehuen Mapú*), la comarca más bella y majestuosa que es dado contemplar al argentino, sobre el haz inmensa de su Patria.

Llanuras al Este, los Andes nevados al Occidente y sobre las nieves mismas los penachos de humo de los volcanes de *Antucó* y *Villarica*, lagos escarchados en las altiplanicies, ríos y torrentes en los valles selvas vírgenes en las laderas, troncos gigantes, que seis hombres no podían abrazar

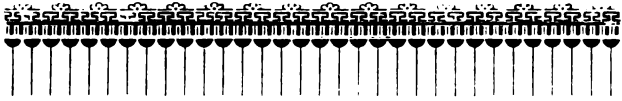
y á cuyas copas no alcanzaban los lazos más largos unidos de á dos, enredaderas de frondosidad tropical, islas cubiertas de vegetación impenetrable, praderas de fresas y de pastos olorosos y nutritivos, bosques de manzanos y de duraznos, cóndores en los cielos, tigres y leones en la tierra: tal era, bosquejado al pasar por una simple mirada de caminante, el País encantado y maravilloso á cuyo seno acabábamos de penetrar.

Cada indio se había preparado para alojar á sus parientes y á los amigos de éstos, esperados de lejanas tierras, de suerte que nada nos faltó en el toldo del capitanejo *Melicurá* (Cuatro Piedras).

Tenía varios ranchos espaciosos de quincha y extensas tierras de sembradío. Tres ranchos estaban desocupados. Había concentrado en uno la familia, dejando para los huéspedes probables la comodidad necesaria.

Melicurá nos recibió con la cortesía de un noble señor y después de abrazar á su hermano *Rithó Curá* (Estrella de Piedra), nos dijo:

— Hermanos, todo lo que tengo es de ustedes y pido al Espíritu Bueno que sean dichosos gozándolo. Esto les ofrezco, pues.



CIII

EN ambas orillas del *Macú Leuvú* ardían fogones, iluminando grupos entusiastas, entregados á orgías desenfrenadas en honor de los novios y de los huéspedes.

Nuestro vivac no era de los menos concurridos. En él se bailaba, chupaba y gritaba hasta quedar roncós los más alegres. La conversación de los más graves rodó sobre la mujer extraordinaria que había inspirado al cacique la pasión delirante, á la cual consagraba las fiestas memorables.

Para los unos era misteriosa criatura de origen desconocido, de una belleza peregrina, como no recordaban haber visto en tribu

alguna los indios más viejos y que más tierras habían corrido.

Algunos bárbaros sospechaban que pudiera ser una cáutiva; pero otros rechazaban enérgicamente la suposición, alegando que poseía la lengua araucana tan bien, que su origen indígena era indiscutible.

¿De donde había venido? Su aparición en el país de los Pehuenches alcanzaba en verdad los caracteres propios de la leyenda y un indio viejo, feo y baboso, tío de nuestro anfitrión, la refirió de esta manera.





CIV

INTERNADO en las Cordilleras un día el gran cacique Huamanecul con un escuadrón de los suyos en el cual iba yo, acariciaba el osado intento de escalar las laderas del volcán de *Antucó* (Aguas del Sol) y respirar sobre su boca humeante, mirando desde allí al seno de la tierra.

«Contrariábamos sus soldados un propósito en cuya realización veíamos la muerte inevitable de nuestro jefe, pero él cruzó obstinadamente el valle inmediato al volcán para hollar en breve la cuesta de su falda.

«Surgió entonces de improviso á nuestros ojos sorprendidos un grupo de jinetes fantásticos. Huamanecul avanzaba sobre ellos

y desaparecieron misteriosamente, como el humo que disipa el viento. Sus caballos corrían con la velocidad de las aves en el aire.

« Cuando llegamos al lugar donde estuvieron acampados, encontramos sus fogones humeantes y en ellos la carne asada que no habían tenido tiempo de comer. Allí estaba también enferma, entre unos arbustos, una china joven y encantadora.

« Eran de tal manera sobrehumanos los jinetes, y tan rara la presencia de esta india en el campamento abandonado, que tomamos el suceso como obra de los espíritus.





CV

Los ancianos y adivinos de la comitiva del Cacique se reunieron inmediatamente en Junta solemne para interpretar el prodigio, y después de larga deliberación, al pie del Volcán de *Antucó*, hablaron á su señor de esta manera:

«Cacique:

«No continúes tu viaje. La muerte sin
«duda te esperaba arriba. El *Espíritu Bue-*
«*no (Huenú Pillan)* ha querido retenerte
«abajo poniendo en tu camino esta hermo-
«sura, para que regreses con ella á velar
«por el bienestar de tu pueblo».

«Esta mujer es mensajera de vida y pros-
«peridad para tí y para nosotros, y nos la

envía el Espíritu Bueno, cuando la tormenta nos amenazaba. Debes llamarla « RELMU (Arco-Iris) y hacerla tu esposa, que es como desposarte con la suerte. Esto dicen, pues, los adivinos ».

« La comitiva regresó y el prodigio atrajo al todo de RELMU una romería innumerable de gentes llegadas de los lejanos confines del Imperio, ansiosas de contemplar á la hija de los Cielos ».





CVI

A NUESTRO arribo era ya la esposa de Huamanecul y veníamos invitados á la celebración del Gran Parlamento en el cual RELMU iba á ser presentada según los usos públicos de la Nación, á la familia del Cacique, á las delegaciones de los dignatarios amigos y á los *pehuenches* mismos, como REINA DE LOS PINARES, la primera de las siete esposas del arrogante soberano.

Todo estaba ya dispuesto para celebrar



las grandes ceremonias del Parlamento Nacional en la siguiente madrugada.

Esta noche no se durmió en el bullicioso campo de *Norquin*.

Apenas alumbró el sol las crestas reverberantes de las montañas nevadas que nos rodeaban, se desarrolló á mi vista en el valle el espectáculo abigarrado de las tolderías, de los ganados, y de los millares de seres humanos que á pie y á caballo, y á veces de á cinco enancados iban y venían en núcleos pintorescos, precedidos de enjambres de perros flacos, en medio de un clamoreo indescriptible, á ganar lugar sobre el llano despejado al frente de los aduares, donde se reunían los caciques rivalizando el esplendor de sus telas y de sus prendas.

Allí, en el centro de un gran cuadro de lanceros á caballo, estaban congregados los treinta caciques que celebraban el Parlamento, bajo un techo de *colihues*.

Los rodeaba la chusma numerosísima á pie, dejando libre una ancha calle circular por la cual corrían á la deshilada con impetuosidad vertiginosa y dando alaridos los jinetes bárbaros á medida que llegaban los escuadrones á ocupar su puesto en la gran parada.



CVII

Vo entré tarde y quedé muy lejos; pero no me resignaba á esperar la terminación de la fiesta sin conocer todos sus detalles. ¿Cuándo podría presenciar otra vez escenas semejantes? Una curiosidad irresistible me empujaba hacia la turba gritona que rodeaba al Parlamento; pero para llegar hasta ella era necesario abandonar el caballo.

Lo recomendé á uno de los indios del sargento Orosco y con peligro de ser despedazado de una coz certera, me escurrí por entre las caballerías que limitaban el cuadro de la fiesta y me hundí entre la masa compacta,

inmensa, hedionda y feroz de aquel poblacho.

Eran cinco mil almas y creo que seis mil perros los que hervían en repugnante enjambre alrededor de los caciques.

Imposible me fué al principio avanzar á través de la masa y aun cuando me empinaba sobre la punta de los pies, nada veía. Un accidente inesperado me empujó desde la orilla hasta el centro de la muchedumbre comprimida.





CVIII

EL caballo de uno de los indios que ejecutaban audaces ejercicios en la calle circular, se agachó á corcobear de repente con ferocidad implacable arrojándose ciego sobre las turbas.

Una algarada indescriptible subió á los aires, mezcla de gritos de mujeres, de llantos de muchachos, de juramentos de indios y de ladridos de perros pisoteados.

La masa compacta onduló como el suelo sacudido por el terremoto, se grieteó en varias direcciones, las filas de adelante, atropelladas se hundieron, y la turba cobarde huía abriendo ancho camino al bagual alzado.

Cuando los fugitivos detuvieron su carrera, los de la última fila estábamos casi sofocados, en el centro del hacinamiento humano, arrastrado por violentos esfuerzos contrarios, encaminados los unos á ganar el primer plano y á resistir el empuje los que lo conservaban.

El terreno tenía sus declives y prominencias que perjudicaban ó favorecían á los espectadores. Yo fuí llevado casi sobre los hombros de los indios por una oscilación tremenda, hasta una pequeña altura y desde ella dominé el Parlamento.





CIX

QUEDÉ pálido, mudo, estupefacto! Maquinalmente, casi soñando, pues jamás he vuelto á tener una noción clara de lo que en aquel instante pasaba en mi alma, me revolví como otra bestia desbocada en el seno compacto de la muchedumbre salvaje.

Empujaba de espaldas haciendo pie con fuerza hercúlea, metía los hombros, daba puñetazos, me perfilaba, y, ganando terreno, golpeaba los grupos con la cabeza, como toro enfurecido, hasta sublevar en torno mío una tempestad entre los indios, muchachos, mujeres y perros zamarreados.

Un clamor formidable se alzó ante la

arremetida inopinada; y los más audaces se revolvían entre la masa para abrirse paso y llegar hasta mí. Yo no me detuve, no escuchaba, no veía. Me arrastraba una fuerza fascinadora superior á todos los peligros y á todos los poderes humanos.

Los caciques del Parlamento se fijaron con asombro en el tumulto y algunos hasta se pusieron de pie. Una guardia de lanceros avanzaba á gran galope desde el fondo del cuadro para restablecer el orden; pero yo estaba ya fuera de la muralla humana, en la calle circular, á diez varas de la Asamblea, contemplándola con el delirio de un loco enfurecido.





CX

ERUZARON por mi imaginación, como exhalaciones, las caras de Pagintú, de Huamanecul y de otros caciques, que permanecían sentados con arrogancia y dignidad.

Recuerdo como en sueños que vi anchos cogines de telas azules y de pieles, y reclinada sobre ellos á la misteriosa RELMU, la REINA DE LOS PINARES, que daba la espalda hacia donde yo salía forcejeando.

Mi perplejidad en la calle libre, bajo la airada contemplación de los caciques, duró un instante fugaz y al avanzar voluntaria, pero firme y misteriosamente, grité con acento desesperado:

— PANCHITA! . . .

RELMU volvió la cara y lanzando un grito desgarrador cayó desmayada en los brazos de Huamanecul.

Después nada vi. Conservo el recuerdo de sensaciones sangrientas como reminiscencias de un sueño antiguo.

Una mano hercúlea, con garras en vez de dedos, me arrastró de los cabellos arrojándome contra el suelo. Golpes certeros herían mis carnes y sentí espeluznado la humedad de un líquido caliente, que corría desde mi pescuezo á lo largo de la espalda. Me aturdieron al principio alaridos, maldiciones y tropeles que degeneraban en ruidos vagos, en rumores apagados. . . en vértigos, en medio de los cuales todo daba vueltas en torno mío con algarabía infernal. . . Me sobrevino un mareo horrible y después ¡NADA!



